

SUMMA



«Tipos de Avila», por López Mezquita.

PRECIO :: 50 :: CÉNTIMOS

SUMARIO

Literatura:

El idioma catalán.

Por F. DE A. CAMBÓ.

Los escritores y la guerra.

Por HENRI GUILLEAUX.

Escrito expresamente para SUMA.

Prólogo (poesía).

Por JOSÉ PÉREZ BOJART.

Fortunas y adversidades de Miguel de Cervantes.

Por F. A. DE ICAZA.

Las tres máscaras del misterio (cuento).

Por A. DE HOYOS Y VINENT.

Ilustraciones de Zamora.

En los Alpes Peninos.—Los perros del Monte de San Bernardo.—Un recuerdo de Napoleón, Cónsul.

Por F. MARTÍNEZ YAGÜES.

Fotografías artísticas.

Arte:

Un gran retratista español.—López Mezquita.

Por M. NELKEN.

Fotografiados y planas en color de López Mezquita.

Teatros:

Los estrenos.

Por B. G. DE CANDAMO.

Fotografiados artísticos.

Información teatral.

Música:

Teatro Real: *Los Hugonotes*—*Manón*.

Por M. MANRIQUE DE LARA.

Fotografía de Félix.

Música:

Música de guitarra.

Por ENRIQUE GOMÁ.

Información musical.

Arte decorativo:

Un porvenir muy próximo en la fotografía de retratos.

Por KAULAK.

Fotografías artísticas.

Aristocracia:

Los almuerzos del duque.

Por LEÓN BOYD.

Fotografías de Kaulak.

Medicina:

La vocación.

Por el DR. CÉSAR JUARROS.

Información médica.

Libros:

El supuesto retrato de Cervantes.—Julio Puyol.

Por B. G. DE CANDAMO.

Política social y financiera:

Notas políticas.

Por FERNANDO BOCCHERINI.

Deportes:

La copa De Dion Bouton.—Una excursión aérea con S. A. el Infante Don Alfonso.

Por LEOPOLDO ALONSO.

Información deportiva.

Fotografiados artísticos.

El mejor  remedio
PARA EL

ESTÓMAGO

BICARBONATO DE SODA
QUÍMICAMENTE PURO

TORRES MUÑOZ

En polvo y en pastillas.

ANTIRREUMÁTICO.-ANTIGOTOSO.-ANTIIDIABÉTICO



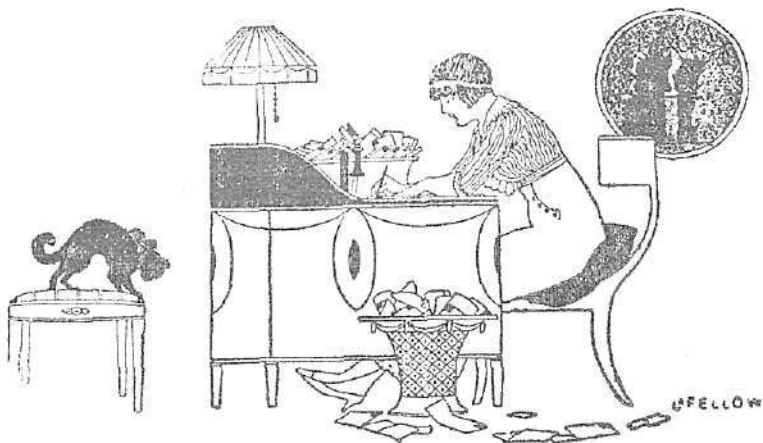
IODASA BELLOT

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artritis, Escrófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.

4,50 ptas. frasco en todas las farmacias. Por mayor: F. Bellot, Martín de los Heros, 63, Hijos de C. Uzzurrún, Pérez Martín, etc.

Queda prohibida la reproducción de nuestros originales sin indicar la procedencia





OCASIONES PARA COMPRAR BARATO

Glasés y sedas para pantallas, a peseta el metro; sedas para sombre-
ros, 0,95; rasos de seda, todos colores, 1,20; sedas lavables, todos colo-
res, 1,25; panas inglesas, 1,70; terciopelo colores, 1,20; eolien de seda,
doblo ancho, 2,95; glasés irron.pibles para vestidos, 3,40; muselina de
seda, todos colores, 2,35; magníficos forros seda, 1,50. E infinidad de
sedas ricas, todo baratísimo. — **Cortes vestido**, panas inglesas, 17,50;
bengalina de seda, 27,60; crespón de seda, 32,50; muselina, todos colo-
res, 29; gasa voile de seda, 16,80; lana Sajonia, 6,25; lana paño, 7,20;
jerga inglesa, 11,50; estambre inglés, 14,85, y de estameña para hábitos,
a 8,25. — **Para lutos**, lana brochada, 6,25; asargada, 12,50; gabardina, 17;
mantos vueta, finisimos, 6,50; velos gasa o granadina, 1,75, y de crespón,
2,75. De paño, para traje de caballero, 7,90, y de pantalón, 2,85. — **Cor-
tes blusas**, seda japonesa, 3,15; raso liberty, 4,25; seda lavable, 5,10;
eolien de seda, 7,45. — **Faldas confeccionadas**, de paño, hechura capa,
7,50; bajas, de besalina alemana, 5,25, y de satín plisado, 2,40. Faldas
de seda, muy bonitos modelos, 8. — **Batas**, modelos muy elegantes, en
todas las talias, para señora, 4,25. Gran saldo de retales de todas clases.
Cortinas, de tul y muselina, gran fantasía, para alcoba sala, gabinete
o tocador, 10,50 el juego, y todas de tul, novedad, muy elegantes, estilos
inglés. Renacimiento e imperio, con forma italiana, 18,90 el juego. Por
15,25, juegos cortinas bordadas en paño, con aplicaciones de piel y fes-
toneadas y con sus bandos, y bordadas en terciopelo, 31,90 el juego.
Stores prácticos, de muselina, 3,25. Juegos completos de bastones para
Stores, 3,50, y juegos de visillos, mil estilos, prácticos y elegantes, 1,25.
Tapetes, bordados, para mesa, 5,95, y de yute, 2,60. — **Alfombritas**,
con su fleco, para pies de cama, 1,35. — **Tapices**, extranjeritos, en todos
los tamaños, de terciopelo, y un gran saldo de Smirna, hechos a mano.
Por 15,25, tapices de moqueta, para centros. Alfombras terciopelo, 2,65
el metro, y paso de terciopelo, 2,30 y de linoleum 1,95. Moarés para
tapizar, 2,75 metro, y mil clases de telas más, baratísimas. — **Edredone-
nes**, satín fino, cama matrimonio, 8,50, y con cenefas estampadas, 11,95;
y de rico raso de seda, 6,50 para camita y 15,25 para cama grande, y
magníficos, con aplicaciones de encaje, 23,50. — **Mantas**, algodón co-
rriente, 0,75, y de lana gruesa, gran tamaño, 5,25.

Viuda de Isidoro García Villa. — Ventas al por mayor y menor.

15, PUERTA DEL SOL 15, principales. — Entrada libre.



EL IDIOMA CATALÁN

POR FRANCISCO DE A. CAMBÓ

No soy filólogo ni historiador: deajo aparte comentarios técnicos sobre el origen y formación de la lengua catalana; deajo aparte notas sobre su antigüedad, sus glorias, de los «Usatges» a Raimundo Llull, a Ausias March; sobre su renacimiento espléndido en el siglo XIX en Cataluña. Valencia, Baleares y Rosellón; el que seamos más de cinco millones los que le hablamos en España, Francia e Italia; de su acomodamiento a la ciencia, sirviéndole de órgano el «Institut d'Estudis Catalans»; de la consideración con que le tratan los sabios extranjeros y algún Gobierno, como el francés, que permite su uso para los temas doctorales de la Sorbona...

Soy político, y como tal, observador y comentador de los hechos vivos, de los anhelos de los pueblos.

El pueblo catalán habla y quiere hablar su idioma cuando, en vez de desaparecer la lengua catalana durante los siglos de adormecimiento de Cataluña después de la catástrofe de Barcelona en 1714 y de toda la poderosa labor de los Reyes y los Gobiernos de España para borrarlo de nues-

tra tierra, no sólo se ha difundido más y ha renacido gloriosamente, recobrando su carácter de lengua apta para todas las manifestaciones humanas, es que su fuerza es extraordinaria, que es alma de Cataluña, algo consubstancial con ella que no puede morir mientras Cataluña viva. Y locura es de políticos simplistas o románticos pretender atacarla, pretender mermar el honor que le rendimos los catalanes. El idioma de un pueblo es su carácter, es su tradición, es su historia, es su derecho, el territorio y el genio; es el alma de los pueblos. Borrar un idioma, reducirlo, marcarle un sector para su uso, es querer borrar un pueblo, reducirlo, desfigurarlo.

Los nacionalistas catalanes tenemos como fundamento, alpha y omega de nuestro credo, la defensa de la lengua catalana. Sobre otros puntos de nuestro programa caben transacciones y aplazamientos; nuestra lucha contra el régimen centralista y unitarista puede y debe acomodar a las circunstancias, la actuación. Es problema de estrategia el ataque, la defensa, en una u otra forma, y a veces la retirada. En la cuestión del idioma, no. En esto no podemos transigir jamás con los que pretenden ofenderlo o reducirlo, y no está muy lejano el día en que se plantee en las Cortes de España el problema del reconocimiento oficial de varios idiomas.

Mas cuanto se ha hecho, se hace y se haga en honor y servicio del idioma catalán, no significa en manera alguna odio ni desprecio al idioma castellano, el conocimiento del cual creemos indispensable en todos los catalanes, y a la gloria del cual tantos catalanes han contribuido.

Yo creo, que en estos momentos que pueden ser transcendentales para el porvenir de España, todo ataque que dirija el Estado al idioma catalán, será un atentado contra España. La España Mayor, que nunca como ahora podría ser posible, debe asentarse sobre el reconocimiento de va-

rios idiomas nacionales en España. Estableciendo como obligatoria la enseñanza del catalán y del portugués en todos los Institutos y en todas las Normales de España, se prepararía para ella un porvenir de grandeza algo mayor que si se recogiera la inconcebible excitación de la Real Academia Española.



LOS ESCRITORES Y LA GUERRA

POR HENRI GUILBEAUX

El poeta francés Henri Guilbeaux, autor de poemas y estudios de crítica literaria tan notables como *Berlin*, *Carnet d'un solitaire*, *Emile Verhaeren*, *La Poésie Dynamique*, *Walt Whitman*, *Anthologie des lyriques allemands contemporains depuis Nietzsche*, *Hymnes et Psaumes*, *Outre-Guerre* y algunos más igualmente elogiados, nos envía desde Ginebra—en donde, como otros muchos escritores franceses y alemanes, buscó hace un año el ambiente de libertad moral y de paz tan necesario para las obras de la inteligencia—el artículo que publicamos a continuación y que ha escrito expresamente para SUMMA.

La guerra, que se desata aterradora, destruye las vidas humanas, arranca de cuajo los altos árboles corpulentos, decapita brutalmente la belleza. Y la guerra, esa calamidad terrible, la única de cuyos estragos es responsable el hombre, no distingue la calidad de los hombres a quienes hiere. Se advierte cierta igualdad relativa: el carnicero, el tejedor, el minero, el abogado, el representante de comercio o el industrial no son, los unos ni los otros, perdonados por el obús, el schrapnell, la bomba y las balas. Tampoco los poetas constituyen una excepción.

Sabido es que una de las primeras víctimas de la innoble y colosal carnicería actual, fué Charles Péguy. Sin exagerar sus méritos literarios como lo hicieron quienes más lo habían criticado o ignorado antes, menester será que reconozcamos su verdadero valor como escritor. Era un polemista de primer orden, un polemista de alto coturno—algo abundante, un poco difuso—, pero que poseía un verbo inagotable. Ciertamente es que su obra poética no tiene ya otra importancia que la histórica; en cambio era un comentarista alerta, nutrido, ingenioso, falto acaso de sobriedad pero vehemente, y sabiendo emplear cuando le convenía la imprecación. Hubiese hecho la fortuna de un gran diario de los que tienen acogida a tantos talentos mediocres, sin audacia, infinitamente disciplinables y capaces de abandonar de la noche a la mañana la política derechista por la política de la izquierda, y viceversa.

Péguy era, en verdad, una conciencia que se expresaba con vivacidad no desprovista de amargura y con una franqueza brutal que desagradaba a muchos, pero sabrosa y rara. Poseía un lenguaje popular, rico y coloreado,

con tendencias a la repetición, a la letanía. Su vocabulario, justo y terminante, tenía algo de Rabelais; la invectiva le prestaba vigor y fuerza.

La conciencia de Péguy era clásica; tanto que se le hacía objeto de fáciles ironías. Sin embargo, Péguy se ha impuesto finalmente gracias a esa conciencia y a esa rectitud.

Y fué esa conciencia la que le dictó al escritor sus diversas actitudes, la que le llevó a fundar los *Cahiers de la quinzaine*, engendrados por el dreyfusismo y que tanto, sino más, como ciertas revistas célebres, revelaron talentos bien diferentes y discutibles, es verdad, pero auténticos, desde Romain Rolland, que publicó en ellos todos los volúmenes de la magnífica epopeya de *Jean Christophe* y la vida de Beethoven, hasta el «virtuoso» lírico Suarès, creador de incomparables prodigios de lenguaje, pasando por Pierre Hamp, el vigoroso novelista de *Le Rail*, y el judío apostólico André Spire, defensor de su raza, por él glorificada o apostrofada en versículos personalísimos. En los *Cahiers de la quinzaine* escribió libremente también el noble y tenaz dreyfusista Bernard Lazare.

Casi al mismo tiempo que Péguy, moría su traductor, Ernst Stadler. Éste, que combatía entre la tropa «enemiga», era oriundo de Alsacia, ejercía el profesorado en la Universidad de Estrasburgo y conocía a la perfección el movimiento literario francés contemporáneo. La víspera misma de su muerte, en una carta dirigida al poeta austriaco Stefan Zweig, habla de Verlaine, cuya obra traducía. ¿Pero existe un escritor alemán que no haya traducido alguna canción del exquisito Verlaine? También el poeta Georg Trakl, teniente de Sanidad militar, de servicio en Galitzia, de Austria, desapareció por entonces; horrorizado por los espectáculos espantosos de la guerra, el poeta se suicidó.

Sin que caigamos en las exageraciones pueriles del *Bulletin des Ecrivains* que se publica en París, aunque no se pone a la venta, que cita e inventa a multitud de literatos, autores de algún soneto del cual nadie había oído hablar, se puede decir que la muerte nos ha arrebatado muchos escritores, artistas y profesores, sin contar el número de adolescentes que, más adelante, hubieran trabajado, creado, enseñado.

Mas acaso no son esos los muertos que más nos duelen. Hay poetas y novelistas a quienes el cataclismo europeo trastornó los sentidos y el espíritu y los empujó por vías que conducen a las tinieblas y a las opacidades profundas.

Es un hecho, especialmente entristecedor, el que la guerra haya enteramente cambiado las ideas de aquellos a quienes se tenía por los más sanos y los más robustos y que, en muchas ocasiones, así con el ejemplo de su vida como con su obra, habían afirmado su culto a la Humanidad y jurado un odio santo a la violencia de la guerra. Toda esta generación de Europa, generosa en sus inspiraciones y en sus actos, ha renunciado bruscamente, ruidosamente, a los frutos de su valeroso y noble esfuerzo. Cuantos en Francia y en Alemania surgieron después de la guerra de 1870

y se entregaron a un ferviente internacionalismo, se han convertido en patriotas exacerbados, en endiablados *chauvins*. Parece ser que de esa generación sólo existe la excepción de Romain Rolland.

Gerhart Hauptmann ha olvidado que es el autor de *Los tejedores*. Aunque, en verdad, desde hacía algunos años se iba alejando del ideal que mantenía en la época del *Sturm und Drang*, naturalista y del tiempo de los *clubs* político-literarios, socializantes y anarquizantes de Berlín. Hanno Holz, sin esforzarse para ello, pone de acuerdo con los más rudos programas de guerra su dogmatismo fanático y se hace fácilmente patriota y pangermanista consecuente. Tomás Mann se ha convertido en uno de los más frenéticos de los imperialistas. Otros muchos realizan la misma *Überwindung*. El mismo Hermann Bahr, el célebre poeta vienés, se avergüenza hoy de su europeísmo.

Pero la más deplorable de estas conversiones y la más inesperada, es la del poeta Ricardo Dehmel. Es idéntica a la de Emilio Verhaeren. Repentinamente, esos dos artistas, cuya fuerza, cuyo patetismo, cuyo lirismo, así como la nobleza de su vida, ofrecen tantas semejanzas, han abandonado su poesía dinámica de vigorosa musculatura y de alma ferviente universal.

En cuando fué proclamado el «estado de guerra», Dehmel se alistó y compuso sus *lieder* trepidantes y marciales. Teme la invasión rusa y, al enrolarse, cuida de poner como condición la de que se le envíe al frente oriental. El que escribió *Der arbeitsmann, An mein Volk, Voerter Klasse, Lieder an meinen Sohn* y tantos otros poemas profundamente conmovedores y de un ritmo extraordinariamente poderoso, el que de todo corazón anhelaba la reconciliación de los pueblos francés y alemán, descubre sus orígenes prusianos, recuerda que es hijo de un guardabosque del Spree-wald: Dehmel quiere arrollar el inmenso alud eslavo.

Pero se debe insistir en esto: Richard Dehmel es lógico y leal hasta el fin. Al contrario de los *jusqu' aboutistes* más notorios, de los más feroces vates guerreros, de los más hábiles profesores de patriotismo y fomentadores del odio, sentó plaza y no se contentó con enviarle al ministro una carta a son de bombo y platillos. Este poeta no hace literatura.

Una de las deserciones más dolorosas es la de Emilio Verhaeren, el generoso y patético lírico de *Les villes tentaculaires* y de la *Multiple splendeur*.

Cuando Bélgica fué invadida, Verhaeren se retiró a Inglaterra, en donde dió numerosas conferencias. ¡Cuán viva fué mi pena al recibir la primera carta del poeta! ¡Qué transformación! Un hombre que sentía hacia sus semejantes un amor fraternal y que—¡como se lo reprocharon frecuentemente!—admiraba profundamente a Alemania, tenía el corazón repleto de rabia y de odio. Verhaeren me escribía: «Sí, nuestros sueños cayeron hechos pedazos; una bomba alemana los ha derribado como derribó una pobre casa, una choza, allí, en Flandes. Y lo que es peor, es que esos alemanes se han mostrado tan feroces, que un sentimiento que yo no conocía domina hoy

mi espíritu: el odio. Nunca creí que pudiera yo odiar un día. Esto es, sobre todo, lo que no puedo perdonarles». Y me enviaba un poema, *La Belgique sanglante*, publicado en el *Observer*, en el que se anatematizaba el «sadísmo germano» y cuyos son estos versos que evocan el éxodo de las gentes espantadas:

Et quand ils rencontraient quelque teuton frappé
Par une balle adroite, au bord d'un chemin proche,
Souvent ils découvraient dans le creux de ses poches,
Avec des colliers d'or et des satins fripés,
Deux petits pieds d'enfant atrocement coupés.

De esta manera queda acreditada por el más grande de los poetas contemporáneos esa leyenda propagada de buena fe por los hombres más inteligentes, más ponderados, más escépticos ordinariamente, profusamente difundida por informaciones y gacetas y cuya exactitud no ha sido verificada por quienes han emprendido una seria investigación (1). Esta leyenda, por lo demás, no ha sido inventada exclusivamente por «enemigos» de Alemania: se cuenta que en los primeros días de la guerra actual, decíase públicamente en Munich, que los soldados franceses habían mutilado a niños alemanes. (Decididamente, era menester esta guerra y esta atmósfera tan favorable al florecimiento de las cosas inverosímiles para comprender cómo puede nacer una religión).

Poemas y artículos, desbordantes de violencia contra Alemania y los alemanes, fueron publicados por Verhaeren, así en Francia como en la Gran Bretaña. Y cuando a su regreso de Inglaterra vi a Emilio Verhaeren, experimenté una pena indecible: ¡no era ya el mismo hombre! Diríase que se hizo cargo Verhaeren de esta mudanza, puesto que dedicó su recopilación de artículos *La Belgique Sanglante* (2), «à l'homme qu'il fut autrefois». Mucho le tenemos que perdonar.

El dolor de Verhaeren pareceme que es, principalmente, de naturaleza estética. Amaba, adoraba a su tierra de Flandes; amaba sus llanuras infinitas, sus molinos, sus casas pintorescas, sus torrecillas, sus palacios municipales, sus mozas, sus campesinos y sus grandes y geniales pintores: era el poeta de *Toute la Flande*, acaso más que el lírico de las *Villes tentaculaires*.

La contemplación de la lonja de Iprés en ruinas, el incendio parcial de Lovaina—en donde hizo sus estudios—, la incertidumbre acerca de la suerte que cupo a muchas ciudades en las que vivió el poeta y que tanto quería, le han impresionado, sacudido, quebrantado. Recuerdo su faz asustada y sus ojos nublados por el llanto cuando me hablaba de Iprés, de Furnes, de Pervyse, de Dixmude.

(1) Principalmente el *Labour Leader* en Inglaterra y el *Vormuerts* en Alemania.

(2) Edición de *La Nouvelle Revue Française*.—París.

Hay que agregar a esto algo evidente, el sentimiento del dolor nacional, pues Verhaeren era belga antes de ser europeo. Por lo tanto, parece probable que los belgas conocerán después de esta guerra un patriotismo que no presentían antes del Otoño de 1914. Emilio Verhaeren ha escrito con exactitud: «La Patria no era para la mayoría de nosotros más que un pretexto destinado a justificar discursos oficiales y cantatas populares; nosotros no éramos patriotereros... Hoy, las veleidades han desaparecido. Ahora somos todos belgas, nada más. Lo somos tenazmente, hasta la muerte.»

Resulta, pues, que el libro *La Belgique Sanglante* es un sollozo prolongado. En él no se advierte nada de lo que es específicamente verhaeriano. Y cuantos aman de veras a Verhaeren, su gran talento lírico y su obra pasada, no pueden menos de estar dolorosamente conmovidos. Pero leamos ahora de nuevo la *Joie* o cualquiera otra composición patética de *La Multiple Splendeur* o de los *Visages de la Vie*...



*Túas un largo silencio de mi lira
vuelven, a tu conjuro,
sus cuerdas a vibrar. En el "oscuro
ángulo del salón," por ti suspira
cuando a tu paso el aire se estremece
y la torno a pulsar, mi amor postrero,
para que ella te cuente que te quiero,
y mi pasión te cante y te la rece.*

*Te quiero, ¡oh del balcón y el cisne hermana!
porque eres a la vez griega y gitana,
porque en las gracias con que me enajenas
se dan un beso el Albaicín y Atenas,
porque mirto y clavel a un tiempo eres,
mi adorada entre todas las mujeres.*

*Quiéreme tu, duquesa y chula mía,
y de guitarra sé mi profesora,
y mi aprendiz de filosofía.
Mi alma que todo cuanto es bello adora,
sin ti siempre algo bello añoraría;
pues en tu ser toda belleza mora:
¡la luz lunar y el resplandor del día!*

José Pérez Vojart.

FORTUNAS Y ADVERSIDADES DE MIGUEL DE CERVANTES

Por FRANCISCO A. DE ICAZA

Cervantes no fué único en sus fortunas y adversidades, aunque lo haya sido al novelarlas. De andanzas gloriosas en Italia, y de cautiverios, cárceles, destierros, hambres y miserias en Argel y en España, están llenas las historias de sus precursores inmediatos, de sus compañeros y de sus émulos. Mendoza, Embajador en Roma y en Venecia; Quevedo, Ministro de Osuna en Nápoles; Cetina, soldado y cortesano de Ascoli y de Molffeta; Suárez de Figueroa, Juez y Auditor de gente de guerra en la Colateral, y en Sicilia y Alemán y Espinel, pícaros, o por lo menos apicarados; todos recibieron un nuevo impulso de arte en Italia. Y quien no fué cautivo de moros como dicese de éste último, sufrió prisión por deudas o por cuentas mal ajustadas, como Alemán. Alguno como Suárez de Figueroa, al igual de Cervantes, vino a padecerlas con excomunión inclusive, por cumplir mandatos superiores, o hubo de ser preso por riñas y heridas, como Salas Barbadillo, o por libelos, como éste último y el propio Lope, dejando prueba documental en sendos y voluminosos procesos. De castigos y venganzas no estuvieron exentos, por fuero de ingenio, ni el prócer, con serlo un D. Diego Hurtado de Mendoza, ni el noble aunque fuera un Villamediana; ni el caballero y señor aun siendo un D. Francisco de Quevedo. Menos iba a estarlo Cervantes, hijo de hidalgos pobres y honrados, y mucho menos, todavía Alvarez de Soria y con él los mozos picaños de buen linaje, malas costumbres y temible vena cómica.

Encaráronse Mendoza y Quevedo con los rigores de la suerte, consumiéndose en la prisión o el destierro; pasaron alternativamente de una a otra Alemán, Espinel, Figueroa, Barbadillo y Lope, y harta fortuna tuvieron en escapar del hierro y de la cuerda que pusieron fin a las aventuras y a las sátiras de Villamediana y de Alonso Alvarez.

La vida de Cervantes no se desenvuelve, pues, aparte y única, como todavía algunos la quieren ver. Sus dichas y desdichas son las de los suyos, las de su tiempo y las de su patria. A él llegaron juntas, más que a los otros, y por eso el soldado en Italia y en Lepanto, cautivo en Argel, excomulgado en Écija; y preso en Sevilla, en Castro del Río y en Valladolid, es representativo. Lo es en las desgracias y en la tranquila serenidad—resignada o desconsoladamente irónica—, con que las recibe, y lo es, también, en la conciencia de su gloria.

El desdén o el desconocimiento de su valer intelectual no tuvo que añadirlo a sus desdichas. Los lectores arrebatábanse sus obras: es cierto que

más en provecho de impresores y libreros que del autor mismo; pero, ¿cuándo pasó entre nosotros algo diverso?

Hasta sus más irreconciliables enemigos alabábanle encarecidamente, entre algún desahogo de la envidia o alguna represalia de las bromas y censuras que prodigó a los escritores de su tiempo y que están bien claras en sus propios escritos.

Si Cervantes arremetió en serio contra el teatro entonces en boga, y se burló de buena gana, en los preliminares del *Quijote*, de quienes dándolas de nobles, sin serlo, imaginaban escudos, cuarteles nobiliarios y geroglíficos con que adornar las portadas de sus libros; si rió de los que en éstos, aunque fueran «fabulosos y profanos» volcaban «sentencias de Aristóteles y Platón, y de toda la caterva de filósofos», y ponían en los principios «sonetos cuyos autores eran Duques, Marqueses, Condes, Obispos, y damas»; si se burló, más todavía, de quien para mostrarse «hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo», tras de hablar del Tajo hacia la famosa anotación: «El río Tajo, fué..., etc.» es evidente que aludió a la *Arcadia*, *La Dragontea*, el *Isidro*, y el *Peregrino*. Si en los diálogos de que hizo preceder y seguir la visita a la Cueva de Montesinos, parodió a los que apoyándose en Polidoro Virgilio y sus congéneres inventaban la historia de las cosas y sabían quién tuvo el primer catarro y quién se rascó primero, que fué Adán, según Sancho; y quién fué el primer volteador, que fué Lucifer, según la propia autoridad, que al declararlo decía: «para preguntar necedades y responder disparates no he menester ayuda de vecinos», sátira que alcanza entre otros libros de *Inventores* a la *Plaza Universal* de Suárez. Si Cervantes, además, desdeñó la traducción de las lenguas fáciles, pues «no arguye ingenio ni elocución», y veía, en general, las otras traducciones como tapices de revés—de lo que, no obstante una salvedad, o quizá por ella misma, se dió por aludido el propio Suárez de Figueroa, y, desde luego, Villegas—, ¿qué mucho que contestaran a la sátira con la sátira y fuera esta punzante en Lope, acre en Figueroa y áspera en Villegas, si así lo eran ellos? Y téngase en cuenta que debían escocerles las opiniones de Cervantes, pues aun no corrían impresas y ya iban de boca en boca, como nos lo demuestra la correspondencia entre Lope y el Duque de Sessa. Pero ni por tales escaramuzas de murmuración literaria, borró Suárez de Figueroa sus alabanzas de la *Plaza Universal*, ni Lope de Vega dejó de encomiar a Cervantes, no una, sino muchas veces.

De él, y no de otro, dijo Quevedo que había que ver sus libros «con temor y reverencia»: a Cervantes fué a quien llamó Tirso «nuestro español Boccaccio»; llenos de alusiones de elogio a su inventiva están el teatro y la novela de entonces, y Lope mismo, en *El premio del bien hablar*, cuando de discreciones se trata, hace que se diga de Leonarda:

«¡Cómo discreta! Cicerón, Cervantes...
no fueron tan discretos y entendidos».

Viniendo así a encomiarle todos en el concebir, el inventar y el conmovir; en suma, en cuanto puede constituir al artista perfecto y consciente.

Al suponerle menospreciado se diría que la ignorancia y la erudición —salvo contadas excepciones—, se ponen de acuerdo en idéntico error.

Hoy mismo, delimitados ya los campos de la propiedad intelectual, que como los de las otras propiedades estaban entonces por definir, ¿qué relación forzosa puede haber entre la posición económica y social de un escritor y su mérito por alto e indiscutible que sea? El ingenio no da jerarquía social, no da riqueza; dará consideración o autoridad literaria, que son cosas bien distintas, y Cervantes tuvo ambas. Los bienes de fortuna no sacarán al mediocre ni al nulo de su medianía o nulidad; y, pobre y hambriento, aunque parezca contrasentido, el verdadero ingenio puede, entre gentes de nuestra raza, ser admirado como tal.

LAS TRES MÁSCARAS DEL MISTERIO

(CUENTO)

POR ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

I

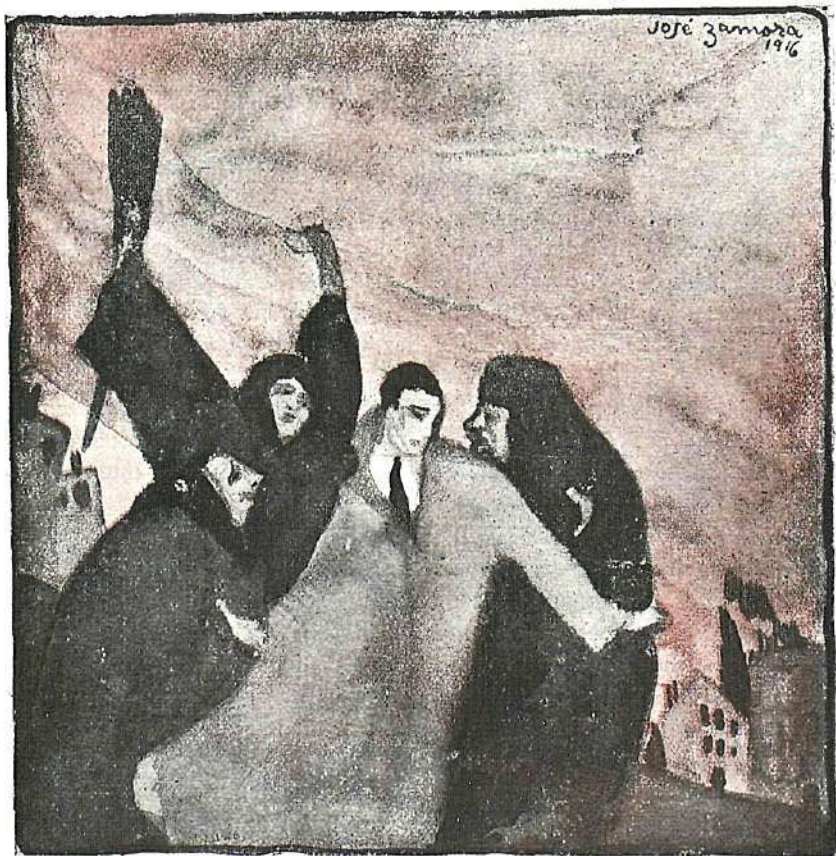
Comenzaba a anochecer cuando Salvador Barrera, cansado, aburrido y asqueado de la estupidez del festejo popular, dejando la tribuna del Club, dirigióse hacia el centro de Madrid. La tarde era fría, gris, oprimida por una amenaza de lluvia que no acababa de caer. Un cielo plomizo, muy bajo, pesaba abrumador sobre la ciudad causando vaga sensación de angustia y haciendo aún más trágicos los desnudos árboles de la Castellana y los que tras de las negras verjas de los jardines retorcian sus ramas esqueléticas como brazos imploradores de misericordia. Una atmósfera espesa hecha de polvo, de porquería, de vaho de caballos y humo de automóviles. Esfumaba todas las cosas aumentando la angustia del cuadro. Y sobre aquel fondo trágico desfilaba una multitud hórrida, harapienta, sucia, cruel y sádica, borracha de idiotez, de vino y de brutalidad. Y de trecho en trecho, hendiendo la masa humana, precedida y seguida de su cohorte de golfos y trotacalles que se tiraban al suelo y batallaban para recoger los mustios ramitos, las serpentinas y los puñados de confetti que volvían a arrojar manchados de barro o inmundicia, desfilaba rota, desvencijada, llena de jirones de tela que dejaban ver el armazón de madera, una carroza llena de máscaras.

Salvador sentía cansancio físico mezclado con esa rara repugnancia moral que podríamos llamar desgana de la vida. Aunque parezca paradójico, en el alma del artista injerto en elegante, vivía la misma tristeza desencantada que conturbó la de los monjes medicevales y que se llama acedia. Sin fe y sin ilusión, aquejado de atroz escepticismo, cansado el cuerpo y cansada el alma, Barrera sentía la vida como un vacío inmenso.

Comenzó, pues, a bajar el paseo de Recoletos con un malestar que era como un deseo de irse e inquietud de arrancarse de allí, inquietud que nos asalta cuando pasada la hora de una cita frustrada no nos decidimos, sin embargo, a partir.

Oscurecía; por las aceras un río humano desfilaba, apretándose, empujándose, avanzando y retrocediendo, con incoherentes vaivenes de oleaje. De tiempo en tiempo, grupos de máscaras mugrientas, pingajosas, groseras y procaces, con disfraces de un hermafroditismo repugnante o simplemente sucias, hendían la muchedumbre profiriendo gritos agudos que por un

momento dominaban la general algarabía. Por el arroyo, en apretada procesión, desfilaban los coches cubiertos de polvo y de confetti; una carroza bamboleaba en la luz roja y verde de las bengalas, a cuya claridad sangrienta o lívida los encapuchados, con sus grandes gestos bruscos e inúti-



les, parecían, más que gentiles mascaritas, trágicos herejes camino de las hogueras de la Inquisición.

Comenzó a llover. Salvador Barrera alzóse el cuello del gabán y dispúsose a ganar el Prado, cuando tres enmascarados le rodearon. Eran los tres parecidos de estatura, los tres llevaban vulgares capuchones negros, de ese negro parduzco que podríamos denominar *negro de franela para forrar féretros pobres*, y tapaban los tres su rostro con vulgares caretas de una fealdad repulsiva. Rodeáronle, pues, las máscaras con grandes gritos y grandes aspavientos. Sus gestos eran duros, bruscos, de rigidez mecánica; sus voces opacas y lejanas, con extraños hervores de puchero o estertor de agonizante.

Parte por librarse de sus achuchones, parte porque era aquel el itinerario que se marcara de antemano, metióse por los jardinillos que guardan el galante encanto de la fontana de las Cuatro Estaciones. Allí le siguieron sus perseguidoras con esa pesadez a que autorizan las Carnestolendas. Salvador no les hacía gran caso y limitábase a evitar sus acometidas, pues las dichas mascaritas eran duras y descarnadas como esqueletos. Ellas, sin parar mientes en el desdén de su víctima, seguían gritando tonterías absurdas que, pese a los esfuerzos de Barrera para remediarlo, comenzaban a apriionar su atención. Era el caso que entre el barboteo de sandeces las máscaras rumiaban palabras extrañas y exotéricas que, ¡cosa rara!, había dicho él en aquellos cuentos estremecidos de misterio que escribía.

Para sacudir la necia sugestión de las tres máscaras, rechazóles airado.

—¡A ver si me dejáis en paz!

Las tres a coro afirmaron:

—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¡Tenemos que acompañarte siempre!

Salvador, con risa forzada, afirmó:

—¡Pues sí que va a ser un bromazo!

Una de ellas, la más alta, salmodió con solemnidad casi litúrgica:

—Desde que naciste vamos contigo y contigo iremos hasta que te mueras.

Él interrogó:

—¿Quién sois?

La máscara que había hablado antes dió la respuesta:

—Somos la Tristeza, la Vejez y la Muerte.

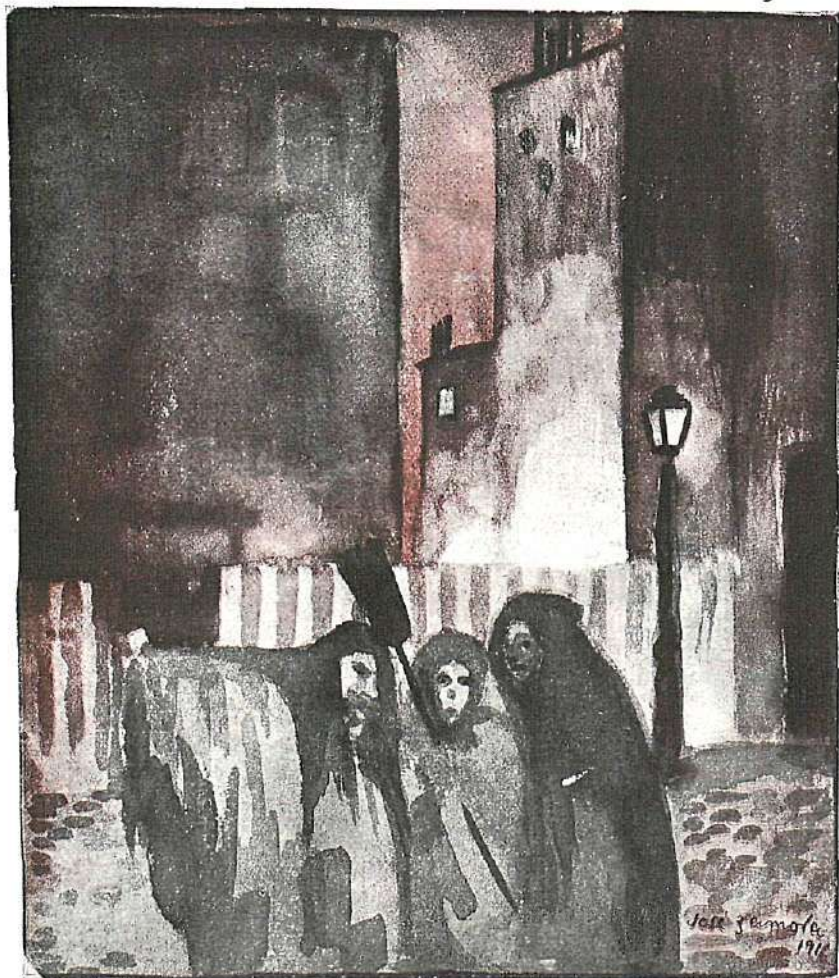
En vez de reirse, en vez de tomar la cosa a broma, Salvador Barrera detúvose a contemplar a sus interlocutoras. Las figuras que momentos antes parecíanles vulgares, hacíanse misteriosas e inquietadoras; mientras una de las máscaras parecía muy alta y delgada, la otra se encorvaba hacia la tierra como si no pudiese con el peso de invisible fardo. Los capuchones *color paño de féretro* tomaban vaguedades de niebla y hacían destacarse las caretas atroces. ¡Porque eran atroces aquellas caretas! Una amarillenta y demacrada con negras oquedades en los ojos, las mejillas y la nariz; la otra toda rugosa y apergaminada, con la boca tan hundida que la nariz ganchuda y la barbilla en punta casi se tocaban; la tercera, doliente, macerada, por no sé qué interior sufrimiento.

Y Salvador sintió que la acedia huía, que el tedio fundíase y que una emoción agitaba sus nervios relajados, ¡la suprema emoción del misterio que se enronizaba en su vida!

II

¡La emoción del misterio! ¡la única, la excelsa, la maravillosa emoción del más allá! Ella había sido la única que había conseguido flotar sobre el tedio abrumador que consumía su existencia. Dos habían sido sus pasiones:

el fasto y magnificencia evocadores de una vida remota, y la sonrisa escalofriante del no ser. Ellas dos habían llenado sus días y sus obras; y si sus joyas de Sátrapa habíanle hecho famoso en Madrid, sus obras, rivales de las de Hoffman y Poe, eran buscadas por los amantes de las grandes sacudidas



nerviosas. Y he aquí que cuando comenzaba a desesperar de que *aquello* existiese más que en sus libros, surgía como por ensalmo ante él.

Quince días apenas iban transcurridos desde la publicación de su novela *Las tres máscaras del misterio*, e inopinadamente sus fantasmagóricos personajes tomaban realidad. ¡Y de que eran ellos no cabía la menor duda! Cuanto más les contemplaba más firme era su certeza. Caminaban junto a él, no como disfrazados amigos que dan una broma, sino como guardianes

que custodian a un prisionero. Salvador les estudiaba detenidamente; no, no podía tratarse de una broma; sólo la Señora Muerte tenía aquella serena y horripilante nobleza; aquel era el paso abrumado y cansino de la Vejez y aquel el desencantado caminar de la Tristeza. Únicamente un detalle desentonaba de la macabra armonía: las manos. Eran unas manos plebeyas, grandes y achatadas, rojas y de uñas mal cuidadas, manos de chulo o de criado, manos de gestos innobles. Por un momento, Barrera lo pensó así y echó de menos las manos de marfil largas y finas de la Muerte.

Caminaban ahora por las Rondas. Allí el espectáculo carnavalesco era más innoble, más burdo y triste. Diablejos sucios, astrosos, con los cuernos caídos y el rabo arrastrando por el lodo, frailes sacrílegos, pierrots carcelarios, destrozadas inmundas corrían y brincaban profiriendo gritos estridentes. Mujeres del pueblo, carreteros borrachos, chulos y soldados bailaban y cantaban a los destemplados sonos de las estudiantinas callejeras. La lluvia arreciaba y Salvador, apasionado por la aventura, no pensaba sino en seguirla hasta el fin. Había olvidado el baile de aquella noche en casa de la marquesa del Solar de las Victorias, el reuma acechador y hasta sus joyas; el maravilloso bracelete cincelado por Benvenuto e incrustado de esmeraldas que oprimía su muñeca, el solitario y la perla rosa que lucía en uno de sus dedos y la cadena de perlas, diamantes y viejos esmaltes traslucidos, que perteneció a una Dogaresa, y que, para él, hacía las veces de leontina.

Súbitamente, ante una taberna la Muerte se detuvo.

—¡Vamos a tomar una copa!—propuso.

La Vejez esquivó un gesto involuntario para detenerla; luego dominóse y con voz cascada rió:

—¡La hermana Muerte tiene sed, tiene sed siempre!

Salvador, un poco extrañado, interrogó:

—¿Pero la Muerte bebe vino, así, en una taberna?

La Vejez volvió a reír con sarcasmo.

—La Muerte bebe en todas partes. Ha bebido en la copa de Nabucodonosor y en la copa de Lázaro, el leproso.

Por cuarta o quinta vez Salvador sintió el aviso de extrañeza. ¿Hablaban realmente o no hacían más que recitar trozos de sus libros? ¿Las cosas cabalísticas que en sus palabras creía ver lo eran realmente o, como las antiguas sibilas, poníaselas un sentido oculto?

Pero la Muerte había salido ya del chiscón y proponía:

—Vamos...

Echaron a andar; dejaron a un lado las rondas y metieronse por lugubres calles que llevan al campo. Salvador interrogó con recelo:

—¿Pero dónde vamos?

—Vamos al Reino del Reposo—fué la respuesta de la Vejez.

¡Cosa más rara! Aquella aventura era la perifrasis de su última narración en que el Caballero, llevado por las tres Hermanas, llegaba ante la puerta de bronce del Alcázar Silencioso.

Un vago temor asaltóle. ¿Sería aquello una encerrona? Paróse.

—¡Yo no sigo más! Para broma...

La Muerte, con voz natural en que había un vago anhelo de convencer, aseguró:

—¡Si estamos a un paso ya!

Pero la Vejez, más dueña de sí, acudió a arreglarlo:

—¡No te irás! de la Tristeza, de la Vejez y de la Muerte, no escapa nadie!

La curiosidad fué más fuerte que el temor, y Barrera siguió avanzando.

Más que calle era aquello un camino de herradura abierto entre tapias y vallares lleno de baches, hoyos y charcos; reinaba una oscuridad absoluta, y al ruido de la ciudad había sucedido un silencio profundo. Entre dos nubarrones asomó una luna de cobre rojiza y enorme. De improviso Salvador perdió pie y sintió que se hundía en un abismo de malezas. Al mismo tiempo oyó la voz de la Muerte que decía:

—¡El golpe, fuerte, en la cabeza!

III

A la mañana siguiente, unos viandantes encontraron a Salvador Barrera tendido en el suelo sin sentido y cubierto de sangre. ¡Las joyas portentosas y la cartera, con siete mil pesetas, habían desaparecido!



EN LOS ALPES PENINOS

LOS PERROS
DEL MONTE DE
SAN BERNARDO

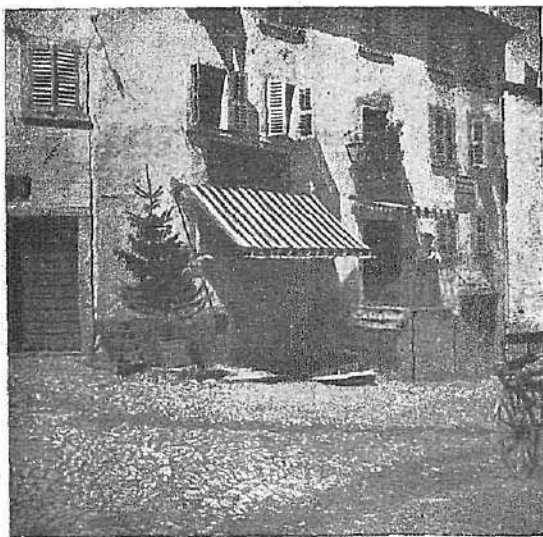
POR FRANCISCO MARTÍNEZ YAGÜES

Un recuerdo de Napoleón, cónsul

Se deja el tren en Martigny, casi a la mitad del valle del Ródano, que corre allí impetuosamente hacia el Vaud, para formar aquel lago azul de Léman, donde retrata sus nieves el Monte Blanco. Habéis seguido, desde Ginebra, la orilla meridional de aquella miniatura de mar suizo, cruzado en todas direcciones por navíos de juguete. Antes de llegar a la desembocadura del Ródano, el camino de hierro tuerce a la derecha y se dirige en línea recta, paralelo al río, hacia las agrestes alturas del Valais, coronadas por la masa informe del Monte Blanco, que se recorta en el cielo como un gigantesco encaje colgado del Ara del firmamento.

Durante dos horas se asciende de la Suiza francesa a la Suiza italiana. Martigny está a la mitad del camino, en el recodo que forma el Ródano al pie de las montañas valesas. Desde el tren podéis ver el carricoche que os espera, con su postillón de altas botas y látigo cruzado sobre el pecho, como en las viejas estampas suizas. —«Viajeros para Orsieres»— reza un cartel adosado a la empalizada del andén. El viaje en la diligencia es encantador; pero habéis de llevar cuidado. Bruscamente pasáis del clima tibio y dulcísimo del lago Léman al frío punzante y atormentador de la montaña. Los viajeros van envueltos en mantas. El postillón se ha echado sobre los hombros un recio capote forrado de piel de cabrito. Notáis con terror que las botas del postillón están llenas de nieve. ¡Y es el mes de Julio!

En Orsieres se cambia de medio de locomoción. Contra lo que suponía aquel embusterísimo camarada de Tartarín, Suiza no está preparada exclusivamente para los viajeros, so pena de que el cantón del Valais no sea Suiza. En rigor, no lo es. Pobrísimos, el más pobre de todos, abrupto y árido, el menos favorecido por la Naturaleza, apenas posee caminos, no tiene ciudades, sus pueblos son aldeas, sus paisajes la roca pelada sólo vestida por la nieve, destacándose sobre el cielo muy alto, más alto aún por la tremen-



Hotel donde se hospedó Napoleón I, en Bourg-St.-Pierre.

da perspectiva de las montañas, que tratan inútilmente de alcanzarlo. La diligencia no puede pasar de Orsieres. Un camino de herradura parte de los egidos de la villa hacia el Monte de San Bernardo. Hay un cochecillo de dos ruedas, una especie de tartana mallorquina, que conduce hasta el mismo pie de la sierra, Saint Remy, y luego hasta el pueblecillo de Bourg Saint-Pierre, que se destaca sobre las negras coníferas del

monte, con sus dos docenas de casas chatas y su campanario cuadrado, cubierto de un tejado cónico. No merece la pena meterse en aquel cajón, sabiendo que luego hay que dejarlo para montar en las mulas que hacen la ascensión al Hospicio. Estas mulas son unos animales docilísimos, evidente degeneración de nuestras rehacias y quisquillosas mulas manchegas. No se ha dado el caso de que den una coz a nadie. Se las guía sin ronzal y van ellas solas, sin cerdear un solo instante en todo el camino, que es, desde Bourg - Saint - Pierre, tres horas mortales de cuesta interminable, por vericuetos tallados en la roca, al lado de precipicios sin fondo.

Una hora después de salir del burgo, se llega al último Refu-



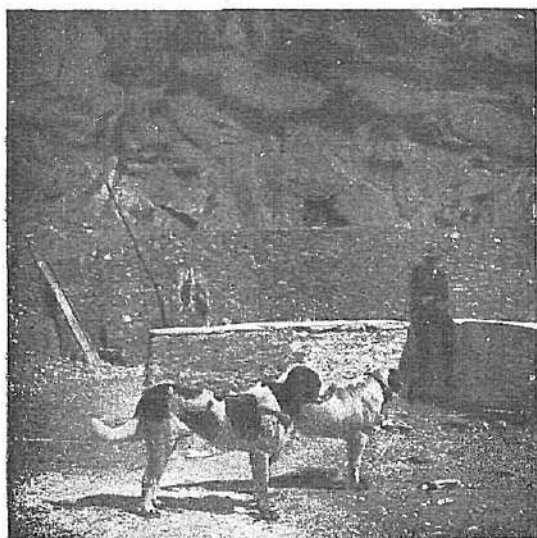
El Hospicio desde el Lago Muerto.

gio habitado por gentes. Más allá, las gamuzas; y por encima de las gamuzas, los frailes agustinos, con sus perros lanudos y su culto desmedido... a Napoleón I. El Refugio es un amplio edificio de puro estilo suizo, con dos órdenes de galerías, acribillado materialmente de puertas y ventanas. Sirve para apearse un rato y beber leche purísima, empapada en unas infames cortezas de bizcocho con barniz, sobre el cual el



Vista general del Hospicio.

repostero pinta con azúcar unos mamarrachos que quieren ser la efigie de Napoleón I. Aquí la imagen de Napoleón os persigue por todas partes. Antes os han enseñado en el burgo de San Pedro el hotel donde descansó el corso cuando pasó los Alpes con 80.000 franceses en pos de los lau-



Los famosos perros.

reles de Marengo. En el Refugio también os enseñarán un poyo donde Bonaparte puso el pie para montar a caballo. En fin, ¡hasta en los bizcochos, ya lo he dicho antes!

El Refugio se halla ya a más de 2.000 metros de altura. Es preciso subir todavía más. El Hospicio está a 2.472, y era, antes de edificarse los hoteles de la Junfrau y del Mont-Blanc, la habitación humana más alta de toda la Suiza. Medio kilómetro an-

tes está el lago negro, *le Lac-Mort*, que dicen también, encajonado entre los altos contrafuertes de la sierra, esmaltados de ventisqueros. Hace un frío cruel en aquella cañada sombría, donde el sol no descende jamás. Durante nueve meses el lago está helado. Sobre su superficie corren los perros persiguiendo a las cercetas, únicos volátiles que se atreven a subir allá arriba. Desde el lago muerto se ven los dos edificios principales del Hospicio: el albergue y el pabellón de San Luis, para los pobres. Una inscripción sobre la cruz de piedra que se levanta al borde del camino, poco antes de la explanada del Hospicio, recuerda que San Bernardo de Menthon fundó aquel asilo en el año 962 de Cristo, para socorro de peregrinos



Los famosos perros.

y caminantes. Aquel asilo de paz, colgado entre la tierra y los cielos, ha sido testigo de acciones de guerra. En 1799, franceses y austriacos se batieron, tomando el Hospicio a la bayoneta, como se toma una trinchera... es decir, como se tomaba antes de la invención de los lanza-bombas y de los gases asfixiantes. Pasado aquel horrible siglo de la epopeya napoleónica, el Asilo de San Bernardo no ha vuelto a ser profanado por nadie. Obra

de paz, de amor y de humilde caridad, su papel ha descendido un poco en el rango histórico de sus pasadas grandezas, con la invención de los ferrocarriles. Ya no hay peregrinos para la Lombardía. Los viajeros en invierno son cada vez más raros. Los perros duermen tranquilos en sus calientes cuadras. De cuando en cuando, un mendigo extraviado entre la nieve es recogido, a la fuerza, por estos admirables canes, que como le cojan a uno en la sierra, ya no le dejarán hasta conducirlo a pura dentellada en la ropa, con algo de la carne si a mano viene, *sano y salvo*, al Hospicio del lago muerto. Son admirables estos perros. Tan admirables que un cachorro de tres meses cuesta 400 francos. Ni un real menos.

En el Hospicio hay unas 30 habitaciones muy confortables, hasta lujosas, con unas camas soberbias, donde se duerme al abrigo de dos gruesas mantas de Lyon y de las demás que consigo pueda llevar el prudente via-

jero. En Julio hemos estado allí a seis décimas bajo cero. Dicen que en invierno la temperatura llega a *menos veintidós*. En el polo hay mejor calefacción.

Detrás del Hospicio, en un ángulo de la plazoleta y casi oculta por las enormes leñeras que los frailes apilan en verano, hay una casita pequeña. Es la *Morgue*, donde se exponen los cadáveres de los viajeros que se quedan tiosos visitando los ventisqueros de la montaña. ¡También es gusto!

Más de cincuenta mil francos cuesta anualmente el entretenimiento del Hospicio. Esta cantidad se recoge entre limosnas y obvenciones de los gobiernos suizo y francés. En el sitio más visible de la capilla del Hospicio, al lado de la tumba del general Desaix, hay un cepillo monumental donde los turistas depositan el dinero que habían de pagar si se les cobrase la estancia y la manutención en el albergue: *Tronc des offrandes pour l'Hospice*, se lee en letras doradas sobre mármol blanco. Y una ranura de buzón de correos solicita vuestro óbolo, que nadie se niega a depositar. Por allí caen los billetes y los luses de oro que es una bendición. Sin embargo, la suma no basta para cubrir el presupuesto de la institución. Los turistas son cada día más escasos. La gente prefiere irse a los hoteles de la Junfrau, a las risueñas perspectivas de Saint-Gall o de Berna. Los pobres perros huelgan la mayor parte del año y los monjes, suizos, franceses e italianos, languidecen al pie de la estatua gigantesca del Santo, erigida en el pico más alto de la montaña. Napoleón fué el último admirador de aquellos desterrados. Cuando supo la muerte del general Desaix de Veigoux, el héroe de las Pirámides, el nuevo Bayardo de Marengo, muerto a los treinta y dos años por una bala austriaca, prorrumpió en apóstrofes contra el enemigo y luego dijo: «Quiero conceder a tantas virtudes y a tan alto heroísmo un homenaje que no haya recibido ningún hombre. La tumba de Desaix tendrá los Alpes por pedestal y a los monjes de San Bernardo por guardianes.»

Y así se hizo. Desaix duerme hace ciento dieciseis años en la Capilla del Hospicio. Un monumento de estilo greco-romano guarda sus cenizas. Sobre la gloriosa inscripción de su sepulcro, unos héroes troyanos, esculpidos en bajo-relieve, recogen su cuerpo exánime, que acaba de caer del caballo.



UN GRAN RETRATISTA ESPAÑOL

LÓPEZ MEZQUITA

POR M. NELKEN

Dos de los cuadros más interesantes de la última exposición de Bellas Artes fueron, por un caso raro y casi podría decirse que inaudito, dos retratos. Eran éstos: el retrato de la Srta. de Bermejillo y el retrato de Ramón Pérez de Ayala;

los dos firmados por José María López Mezquita.



Retrato.

Caso raro he dicho, y en verdad merece que en él se repare detenidamente, pues el arte del retrato tan eminentemente español y tan floreciente en la historia artística de España, ha caído en el verdadero cliché fotográfico.

La degeneración no puede ser más completa: bien pocos son hoy los artistas españoles que se puedan comparar a un Jacques Blanche o a un Sargent; un retrato moderno español es la representación, ni siquiera, es la copia más vulgar de la más vul-

gar realidad; no hay en él ni visión personal ni absolutamente nada que se relacione con *el arte* propiamente dicho. Parece ser que hoy no se dedican en España a pintores de retratos más que los desgraciados que no sirven verdaderamente para hacer nada por sí mismos, los que solo tienen ojos y no tienen entendimiento ni sentido; en una palabra, *los incapaces de crear*.



: «De sobremesa» :
por López Mezquita

Tip. y fot. «Mateu» - Madrid.

Y, sin embargo, un retrato puede, sea cual sea su modelo, ser tan personal, tan de su autor, como cualquier composición o pintura decorativa; puede y debe tener tanta originalidad. Ésto es lo que sucedía con los antiguos maestros y ésto es lo que no sucede ya casi nunca.

Hay algunas excepciones; contadísimas son, y por ello mismo tienen mayor valor. Adquieren toda la importancia de una reacción, y entre ellas, una de las más interesantes sino la que más, es la que produce la obra de López Mezquita.

* * *

López Mezquita es, ante todo, un enamorado de la técnica; está obsesionado por ella, por su perfección, y esto le obliga a buscar siempre la última etapa de un cuadro; le obliga a llevar un cuadro hasta el límite más absoluto de sus fuerzas y a hacer de este cuadro la realización más *dura* y más completa de su ideal. Y en la obra que vendrá después volverá a trabajar su visión con el mismo empeño y la misma exigencia. Así, en cada obra nueva su ideal se hace más severo y más estrecha su interpretación.



Retrato de Ramón Pérez de Ayala.

De un cuadro a otro de López Mezquita la diferencia es enorme; de un año a otro su arte se ha transformado, y esto sin *parti-pris* ni artimañas: honradamente, lógicamente, por su natural evolución.

En los retratos es en donde más se advierte esta característica; por eso, dejando a un lado sus otras producciones en las que se pierde algo la idiosincrasia del artista, nos ocuparemos hoy solo de esta parte de su obra que es indudablemente, además de ser la más fuerte —o por eso mismo— la más adecuada a su temperamento de pintor.

* * *



Retrato.

Entre los retratos de López Mezquita, los dos antes citados —el de la Srta. de Bermejillo y el de Ramón Pérez de Ayala— adquieren el rango de obras representativas. Todo lo que López Mezquita ha hecho hasta estos dos cuadros, parece su preparación; son la finalización de toda su obra anterior, algo así como un repaso o una suma de sus facultades. Se les podría llamar el examen de conciencia de la obra total de López Mezquita, un examen de conciencia que dictara sus

futuras normas, porque todas las obras que seguirán a estos dos retratos deberán, para ser justas y equilibradas con la producción total del artista, partir de ellas.

Estudiar los retratos de López Mezquita es, pues, estudiar la parte más característica de su producción, y estudiar el retrato de la Srta. de Bermejillo y el de Ramón Pérez de Ayala es estudiar sus dos obras más representativas.

* * *

Son estos dos retratos, de género bastante distinto para que por ellos se vean los dos grandes aspectos de la originalidad del pintor: el aspecto espiritual y el que pudiéramos llamar aspecto reflexivo.

La figura que López Mezquita nos da de la Srta. de Bermejillo es una de esas figuras de mujer, raras por su delicadeza y su elegancia sin amaneramiento, que constituyen el tipo ideal del arte de cada país. Hay algunas —muy pocas— en todas las escuelas, y son el distintivo de la escuela inglesa del siglo XVIII. Son estas figuras de mujer el refinamiento de cada época. Cuando se las apercibe en una galería, son como un descanso para los ojos y un baño fresco para el espíritu; algo así como un reposo de luz.

Para ello el modelo hace mucho; tienen, para formar parte de este museo reducido y poco común, que empieza por los perfiles de Piero della Francesca y en el que entran «la Duquesa de Milano», «Mistress Siddons»



Retrato de la Srta. de Bermejillo.

y «la reina Carlota», tienen las figuras que ser jóvenes y finas y esbeltas. Y sin embargo, no, hay algo más: la «Madre», de Whistler, las figuras de Ricard y las de ese adorable olvidado que fué Gutiérrez de la Vega, aunque no jóvenes, aunque viejas ya, nos dan la misma sensación de luz; unas más profundas, otras más ingenuas. Pero modelos que se le asemejen hay muchos, muchísimos, y es que lo principal, lo esencial verdaderamente para darnos ese inefable reposo espiritual, es el reposo espiritual del autor.

En el retrato de la Srta. de Bermejillo hay un equilibrio que no es solo el de la técnica. Al pintarlo, el artista sentía una certitud, y esta certitud es la que se transparenta en la figura retratada y la que le da toda su emoción. Porque la emoción de este cuadro es grande; emoción tranquila, emoción dulce, de penumbra y de atardecer: emoción serena.

Este retrato tan fino, tan extremadamente elegante y sencillo, tan *noble* también, contiene ya resueltas y ordenadas todas las aspiraciones de los cuadros-hermanos que le precedieron. En él, el trabajo fué sin fatiga y sin vacilación, y ésto nos lo dice con todo su equilibrio consciente, y por ésto las dificultades en él aparecen sin alarde y sin ostentación.

López Mezquita gusta tocar sus modelos con la mantilla de blonda; las sombras de las ondas de encaje en la cara y en el descote, que para tantos



Araceli.

son un escollo, constituyen para su virtuosismo sencillo y natural un nuevo deleite. En el retrato de la señorita de Bermejillo, la mantilla, puesta como al descuido, sombrea arbitrariamente, con unos dibujos imposibles, el rostro de finísima tonalidad; y ésto, que tan fácilmente podría ser una mancha, da, por su delicadeza, un nuevo encanto a la figura, alejándola en una luz menos cruda que la que baña un rostro descubierto.

Las manos — la mano que tiene el abanico, pues la otra apenas se dibuja —, son

la verdadera *prolongación* (y no encuentro otra palabra que mejor refleje mi idea) de la figura toda. Manos finas, aristocráticas y sencillas, *manos buenas*, son las manos femeninas compañeras en su esencia de las manos varoniles, finas y nerviosas de Ramón Pérez de Ayala.

Estas últimas tienen, quizá, aún más importancia que aquellas. Son lo principal, *el centro* del cuadro. Ya dijimos que el retrato de Pérez de



Segovianas.

Ayala era la obra más representativa de lo que se podía llamar la parte *reflexiva* de la producción de López Mezquita; pues bien, las manos de este retrato condensan en su gesto toda la reflexión de la figura, toda la reflexión que supone en su autor.

No son estas manos de esas blancas y muelles que llaman «de obispo»; son, por lo contrario, algo morenas y enjutas; manos *secas* y alargadas, manos modernas, de actividad y de largo pensar.

El temperamento cerebral del modelo reside aún más en ellas que en la

reflexión de los ojos y en la expresión *enterada* de la boca; corresponden estrechamente a la actitud total de la figura, esa actitud de fuerza desabusada y blanda en que se torna aquí la actitud de pureza sumisa del retrato de la Srta. de Bermejillo.

* * *

Son, pues, estos dos retratos, el corolario natural y muy bello de la producción de López Mezquita. Por mucho más lejos en su arte que llegue un día, siempre podrá estar orgulloso de haber hecho estas dos obras. No quiero, sin embargo, terminar este breve estudio sin hablar de uno de sus cuadros que por su particular originalidad se destaca de todos los demás.

Es un retrato también, pero un retrato que puede lo mismo pasar por un cuadro de género: el retrato de «Araceli», ese cautivante retrato de muchacha plebeya, que contrasta tan violentamente por su fiereza instintiva y arrogante, con la elegancia disciplinada de los cuadros de que nos ocupábamos hasta ahora.

Lo pintó López Mezquita con luz artificial, con una luz blanca, cruda y uniforme; una luz ingrata, sin matices, que acentuaba al contrario los rasgos de una manera definitiva y brutal. La figura tiene una *allure* que la pone completamente en movimiento; esta muchacha más que vivir parece vibrar. Aquí ya no hay modelo ni hay retrato; hay una cabeza que mira sin reservas y un cuerpo que se estremece con toda libertad. Es una obra de vida exterior, de sinceridad y de fuerza, y ella nos explica mejor que ningún comentario, por su tranquilidad y su certeza, todo el carácter seguro, tranquilo y fuerte de la producción de López Mezquita.





PRINCESA

«CAMPO DE ARMIÑO»

POR BERNARDO G. DE CANDAMO

Una nueva obra de Jacinto Benavente. Ello significa una labor intelectual en la que el arte y el artificio logran el más perfecto y absoluto equilibrio. Es Jacinto Benavente literato en el más alto, en el más noble sentido de la palabra. Es literato, porque su pensamiento y su sentimiento necesitan un verbo armónico para expresarse y para mostrarse en público. Así han sido «literatos» todos los más insignes dramaturgos. La literatura era en ellos una consecuencia. Sus obras dramáticas no eran, en primer término, trabajos literarios, y después trabajos representables. Por el contrario, un criterio opuesto presidía a su gestación. Nacían para vivir en la escena y, si además podían vivir en el arte, nada se había perdido.

He ahí por qué no sólo los comienzos del arte dramático, en lo que respecta a su sentido literario, han estado a cargo de cómicos, de histriones y farsantes. Podría parecer paradoja el caso. Lo lógico habría sido que el autor de dramas hubiese precedido al intérprete de los dramas. Y no ha sido así. El intérprete fué anterior, muy anterior, hasta el extremo de que sus condiciones de intérprete de dramas permanecían inactivas por falta de dramas que representar. En la más inferior acepción de la frase, la «función» ha creado el teatro.

Jacinto Benavente posee la inspiración peculiar en los creadores del teatro. Para él el teatro es anterior a la obra, y cada una de sus obras está como realizada dentro de su espíritu en acuerdo total con la posible realización sobre las tablas. No es un actor Jacinto Benavente, porque no ha sido necesario que fuese un actor. Lo habría sido, y entonces su producción intelectual estaría supeditada a las exigencias de su dinamismo farandulesco. Conoce Benavente prodigiosamente los tablados y aún conoce más al público. Sus comedias son, por lo tanto, en primer término, comedias para ser representadas y para que cada uno de los personajes produzca un efecto único y determinado en el auditorio. Él lo sabe de antemano, y de ahí la mayoría de sus legítimos y ruidosos triunfos.

Y, sin embargo, no persigue nuestro gran autor el aplauso, ni fuerza el aplauso.

Llega el aplauso porque debe llegar, y como una deducción inevitable de los acontecimientos que en el escenario se desarrollan.

Jacinto Benavente posee la facultad soberana de teatralizarlo todo. Los que se creen entendidos no exclaman ante las mejores escenas suyas: «¡qué humano es esto!», sino «¡qué teatral es esto!». La habilidad técnica que Benavente profesa nos ha conducido, a un trueque de apreciaciones y merced a ella, ante muchos casos reales exclamamos nosotros a nuestra vez: «¡qué teatral es esto!»

Muy teatral es *Campo de armño*. Los personajes que en la acción de la obra intervienen son fundamentalmente teatrales. Baste decir que estos personajes son duques, condes, marqueses, Grandes de España... y que estos



Una escena del segundo acto.

personajes se mueven en un ambiente adecuado, en el cual se rinde culto al honor, sin perjuicio de algunos extravíos, y en el cual el concepto de las virtudes se muestra bajo una gran diversidad de matices.

En un medio de frivolidad aristocrática se alza severa y augusta una figura de mujer, la figura de la marquesa de Montalbán.

La marquesa de Montalbán, a pesar de los prejuicios familiares, conoce y ama la vida; y porque conoce y ama la vida, sabe ser justa y buena. Su orgullo de raza está sometido a sus ideas de justicia. Por encima de su orgullo de raza pone el dolor de los que sufren miserias, y por encima de todo ello su fe en la Divinidad. Cree en Dios y en los hombres, a quienes el dolor aproxima a Él.

La marquesa de Montalbán llega en su independencia de espíritu a lo heroico. Prescinde de conveniencias sobre las que pesa un prestigio de siglos y se arriesga a inscribir sobre el campo de armiño de uno de los cuarteles de su escudo una nueva nota de blancura, una azucena, que simbolizará al hijo del pueblo, al desdichado que no ha tenido culpa de nacer y que, si no reprocha al cielo culteranamente como el príncipe Segismundo, es él solo un reproche a toda una organización social. El pueblo, con nueva savia, traerá vigor y lozanía al tronco, cuyos vástagos muestran todos los estigmas degenerativos de lo que está próximo al agotamiento.

Nuestro gran autor ha escrito el diálogo de *Campo de armiño* con pasmosa brillantez. Sucédense en él, a lo largo de la comedia, las llamadas «frases felices», que son expresión de pensamientos llenos de emoción y de eficacia elocuente. Los espectadores de la noche del estreno subrayaban cada una de ellas con murmullos admirativos y con entusiásticas salvas de aplausos.

* * *

La interpretación, primorosa. María Guerrero, en el papel de la marquesa de Montalbán, estuvo afortunadísima de sentimiento y de entereza. Muy bien comprendió el personaje que le fué confiado, Elena Salvador. Fernando de Mendoza, magistral como actor y director escénico. Fernandito Díaz de Mendoza encontró su papel a la medida de sus ya notables dotes de artista dramático.

Con ellos merecen elogios las señoritas Cancio, L. de Guevara, Ruiz Moragas, Hermosa, señora Torres y señores Santiago, Mendoza (M) y Palanca.

El decorado, suntuoso. Benavente fué saludado al final de cada una de las jornadas con ovaciones ruidosísimas.

Los trajes que visten en esta obra las Sras. Guerrero y Salvador, y las Srtas. Ladrón de Guevara, Ruiz Moragas y Hermosa, han sido confeccionados en los Talleres de *Mme. Ransinangue*.

ESPAÑOL

«TONINADAS»

Muchas cosas buenas tiene esta comedia de Linares Rivas. Una de ellas es el estilo. Aunque el asunto, por lo que hay en él de arbitrario, de fantástico, de acrobático, se presta a ello, Linares Rivas, que es, ante todo y sobre todo, un gran conocedor del teatro y del público del teatro, no ha caído ni un sólo instante en el pecado de la literatura. Y literatura, mucha literatura, engolada, empalagosa, dulzona y confiteril, podría hacerse con semejante tema, con semejantes personajes y semejante acción. No sería la primera vez, y sin duda para no incurrir en vicio de nefando amaneramiento, el autor de *El Caballero Lobo* ha querido rehuir la frase fácil y bonita que en muchas ocasiones estaría ya en los puntos de la pluma para hacer que, en cambio, las personas dramáticas, hablasen con sobria naturalidad, y que, siendo un poco muñecos, se expresasen un poco también como se expresan los hombres. Lo hemos dicho otras veces. Nada menos literario que lo que la mayoría de las gentes considera literario. Para el «gran público» en Francia, lo literario es Jorge Ohnet. «Fuera de la literatura», es el título que a un ligero vejamen sobre Jorge Ohnet ha escrito Anatole France. Es decir, que lo que suele calificarse de literario, lo afectado, lo sensiblero, lo que aparenta sinceridad e inspiración, ni es literatura, ni arte, ni cosa que se le parezca.

Está, pues, escrita sin «literatura», la comedia que Linares Rivas estrenó en el Español. He ahí uno de sus indudables encantos.

Hay más bellezas en la obra. Otra de estas bellezas reside en la arbitrariedad. La arbitrariedad es una inmediata consecuencia psicológica de la personalidad. Ella está presente en toda la comedia, y es como su numen generador.

La idea central de *Toninadas* puede reducirse así: Excelente e inapreciable cosa es la libertad. No debemos aceptar limitación ni a nuestros caprichos ni a nuestros deseos. Muy altas y muy nobles tienen que ser las reclamaciones precisas para que nuestra voluntad no se cumpla. Toda nuestra vida es un largo Carnaval, una mascarada trágica o divertida. Como los «toninos» que desde la pista de los circos distraen nuestros ocios, es cada hombre el payaso de sus mismos afanes, de sus mismas locuras, de sus mismos afectos.

Así quiere vivir toda su vida el príncipe heredero de la corona de Al-garia, y así vive. Inconstante, inquieto y aventurero, derrocha su oro y su juventud. Ni el amor le somete, ni es capaz de detenerse si no es por un

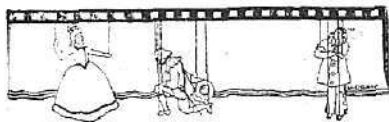
minuto ante la sugestión de una mirada de mujer. En perpetuo disfraz discurren sus años, y cuando el disfraz es el más bajo y mezquino, es cuando la realidad, que se impone, llega a llamar a las puertas del corazón del príncipe. Ya no es la razón de Estado solamente la que exige que el príncipe busque una compañera digna de él. El rey ha muerto. El príncipe se resiste a ser rey. Pero la voz de un payaso, de un bufón que, como la de todos los bufones, es la de la verdad, le insinúa que la Patria le necesita. Nace entonces en el pecho del príncipe un desconocido ardor, y cede, con entusiasmo, con decisión y con apasionamiento. Cumplirá con sus deberes y, si no cumpliera, el bufón que le ha aleccionado se encargará de enviarle, para que se disfrace con él nuevamente, el vestido de payaso con que por vez última se travistió en sus andanzas por la vida libre.

Tal es el asunto, la idea de *Toninadas*. A uno y otra correspondió una interpretación justa.

En el capítulo de elogios se debe citar a la señora Cobeña, que aceptó un papel de escasa importancia; a la señora Jiménez y señorita Abrines, y a los señores Reig, afortunado en dos tipos opuestos; Rodríguez de la Vega y Mesejo.

Fué muy aplaudida la comedia, y junto a los actores salió Linares Rivas muchas veces al escenario a recibir las calurosas ovaciones del público.

El decorado apropiadísimo a la índole de la obra.



LARA

« ENVEJECER »

Era el beneficio de Rafaela Abadía. La inteligente actriz daba una muestra de buen gusto eligiendo para su función una comedia interesante, avalorada por la pluma de Cristóbal de Castro y escrita por un autor dramático portugués. El autor es Marcelino Mesquita. Nosotros no queremos clasificar a Marcelino Mesquita como dramaturgo. Lo único que diremos es que si no por vez primera, por segunda vez, hemos visto en los escenarios de Madrid una obra de un escritor lusitano y ello nos regocija y nos llena de un suave y amable optimismo. Ha sido antes un drama demasiado intenso en el procedimiento y un poco a lo «gran guignol», de Julio Dantas, lo que fué puesto en escena.

Nos referimos a *La Cortina Verde*, que en otra versión cambió de color y se tiñó de *roja*. Julio Dantas es, sin duda, una de las más atrayentes figuras de la actual literatura portuguesa. Es atrayente Julio Dantas por su capacidad de producción y por lo proteico de su personalidad. Francisco Villaespesa ha traducido en versos suyos esa miniatura gentilísima de Julio Dantas que se titula *La Cena de los Cardenales*.

Nos llena de un suave y amable optimismo este que puede ser prólogo de un fuerte y eficaz intercambio intelectual entre Portugal y España.

No es que nos haya maravillado la comedia de Mesquita. Nos hizo aplaudir porque contiene un fondo humano y transcendente y porque hay en ella los necesarios elementos sugestivos para emocionarnos. Y de que nos emocionó, no cabe duda.

Sin conocer otras obras de Mesquita, podíamos aventurar que este escritor portugués posee un espíritu moderno y cultivado. Demasiada palabrería hay en *Envejecer*. Acaso en esa palabrería resida su eficacia. Pero con esa palabrería es *Envejecer* un drama que nos llega a lo hondo y que nos estimula a la vida, precisamente porque no es él otra cosa que un himno a la muerte.

Muerto en vida está el protagonista de *Envejecer*. Está muerto en vida por la única razón de que comienza a ser viejo. Y por esa razón misma, el protagonista de *Envejecer* comienza a no tener derecho al amor.

Cuando el protagonista de *Envejecer* puede aspirar a que su amor sea correspondido, realiza un estudio de minuciosa introspección. Ve «que no es posible», y opta por suicidarse.



Rafaela Abadía.

Fot. Calvache.

No es un genio, ni mucho menos, Marcelino Mesquita. Es un autor mediocre que ha puesto algo de vida en esta obra.

Cristóbal de Castro la tradujo con pulcritud. La interpretaron muy bien la Srta. Abadía, la Sra. Sánchez Ariño y los Sres. Thuillier y Ramírez.

Información teatral

COMEDIA: LA MUJER DEL ARQUITECTO. — Lo mejor de esta comedia ha sido la interpretación. La obra de Roux y Sergine ha perdido, al ser traducida al castellano por los señores Maristany y Giraudier, la mayor parte de sus procaçidades y atrevimientos, y de este modo lo que estaba escrito para los gustos de un público determinado, nos aburrió extraordinariamente a nosotros, los que asistimos al estreno de la adecentada versión.

La señorita Pérez de Vargas se mantuvo ágil y comprensiva a lo largo de su papel, y con ella compartieron los aplausos las señoritas Carboné y Geijo, el señor Zorrilla, graciosísimo, y los señores González y Valle.

INFANTA ISABEL: LOLITA TENORIO. — Los infatigables Muñoz Seca y Pérez Fernández nos han ofrecido en el escenario del Teatro Infanta Isabel una comedia nueva, en la cual los aplaudidos autores prescinden de su habilidad para el chiste desatinado y violento y, por el contrario, nos demuestran que son capaces de cultivar con fortuna otros géneros más distintos del que hasta ahora habían cultivado.

En *Lolita Tenorio* han acertado Muñoz Seca y Pérez Fernández a crear un interesantísimo tipo de mujer, que encarnó a maravilla la señorita Palou, cada día mejor y más inteligente actriz.

Fueron aplaudidos los autores, y con ellos María Palou, Conchita Robles, Ernesto Vilches y Arturo La Riva.

TALLAVÍ HA MUERTO

«¡Pobre Yorick!» Tales fueron, si no las últimas, unas de las últimas palabras del actor que acaba de desaparecer, y que tan familiarizado estaba con la calavera del que fué bufón del príncipe Hamlet.

«¡Pobre Yorick!», ha dicho algo antes de morir el gran artista dramático que duerme ahora ya para siempre.

La ficción, la terrible ficción de la escena, se ha formado realidad en la suprema hora de la muerte del actor. Tallaví tenía bien ensayada la muerte. Conocía y amaba a la muerte. Había hecho de la muerte la idea preferente de toda su vida.

Fué Tallaví un actor admirable, un trágico ilustre. Sus admiradores no olvidarán nunca las portentosas creaciones de Tallaví en el *Oswaldo* de Ibsen, en el príncipe danés, en los protagonistas de *El Místico* y de *Magda*.

Ha muerto, pues, uno de los hombres que ennoblecían el arte histriónico.

¡Pobre Yorick!



TEATRO REAL

«LOS HUGONOTES» — «MANON»

POR MANUEL MANRIQUE DE LARA

Hace aproximadamente siglo y medio se inició en París, y se mantuvo después durante algunos años, una apasionada contienda en que fué discutida, tomando por pretexto la representación de ciertas obras de Gluck y de Piccini, la superioridad sobre la música italiana, de la música francesa. Uno de los más violentos detractores de la última fué el famosísimo filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau, compositor entre otras óperas, del *Devín du Village*, inventor de un sistema numérico de escritura musical, y autor de un *Diccionario de la música*, donde el crítico extremaba su severidad contra el estilo y la inspiración de los compositores franceses de su tiempo.

Si Rousseau hubiese vivido en la época presente, es casi seguro que no se hubiera mostrado más benévolo. La evolución de la ópera francesa llega a su cima con *Los Hugonotes*, donde al igual que en las demás óperas de Meyerbeer, las ampulósidades más estrepitosas y vacuas se superponen a las trivialidades más fútiles e indigentes. La inspiración no mana, como en Rossini o en Bellini, por ejemplo, semejante a un manantial inagotable, que repite durante siglos su canción, siempre idéntica a sí misma, pero siempre fresca y lozana como hermoso reflejo de la poesía de la montaña y de la selva. En Meyerbeer, por el contrario, la melodía fluye penosamente, denotando un esfuerzo mental ajeno casi constantemente a toda emoción y a todo sentimiento. En ella hay algo de tramoya y de escenografía, que finge con una pintura y una luz convencional el fulgor del sol y la majestad de la sierra.

Acaso no ha habido compositor alguno que haya logrado, como Meyerbeer, rebajar el nivel de su mentalidad hasta el de la masa menos refinada del público, y acaso por ello pocos han conseguido halagar con igual intensidad sus instintos más rudos, erigiendo en sistema para la obtención del efecto, la más grosera brutalidad.

Sólo por excepción, en todas sus obras se halla algún instante en que

los fueros de la situación dramática se imponen a la mente del compositor y la fuerzan a remontar su vuelo. Tal acontece en el dúo del cuarto acto de *Los Hugonotes*, donde la melodía en *sol bemol* ilumina aquel árido de-



Genoveva Vix.

Fot. Félix.

sierto con un rayo de belleza. Después, el pensamiento creador del artista vuelve a oscurecerse hasta el punto de que, en las ejecuciones normales de la ópera pueda suprimirse todo un acto, sin que nadie en el público lo

lamente. Es probable que, por el contrario, haya muchos que lo agradezcan.

La crítica no podría, sin injusticia, mostrarse igualmente hostil con la ópera de Massenet. De ello la redime el ocupar un puesto mucho más humilde en la historia del arte, y la certeza, por tanto, de que no ha de servir de inspiración y de modelo a nuevas generaciones de compositores, como la obra de Meyerbeer lo fué, limitando la referencia a Francia y a nombres célebres, para Thomas, para Gounod y para Saint-Saëns, por ejemplo. Además sería negar a la musa del compositor de *Manon* cierto linaje de inspiración, artificiosa y muelle a la verdad, pero que acierta a hablar con desmayado halago a los sentidos y a invocar imágenes de convencional belleza.

Acaso la maravillosa figura creada por el abate Prevost, tan adorable y fascinadora por su intensa feminidad merecía un pincel que, como el de nuestro Goya, uniese el trazo vigoroso y seguro a la magia del color, para darle en el arte adecuada forma. Tal vez el infortunado Des Grieux, que sacrifica su honor y su dignidad a su pasión absorbente y perturbadora, era digno de aparecer menos ridículo y pueril, manteniendo, como acontece en la novela original, una conciencia de la propia abyección, que puede convertirse al fin en fuerza redentora.

Por desgracia, cuanto en *Manon* es amor que atormenta, ternura que no se extingue, ofuscación pasional de una mente, inclinación incontrastable de un alma, aparece traducido en acentos musicales que apenas tienen vigor alguno y que persiguen, no la virtualidad esencial de la idea, sino sólo una novedad aparente y ficticia, lograda artificiosamente como en la frase de la seducción, por una incoherencia entre el *ictus* rítmico y el acento melódico. Tal disparidad, característica del estilo de Massenet, ha llegado a constituir en determinada fracción de la moderna escuela francesa, un intolerable amaneramiento de que tal vez la influencia de César Franck, con su sano clasicismo, logre redimirla. Mientras prosigan el camino que ahora recorren los compositores franceses, estarán fatalmente condenados a perderse en la persecución de toda nimiedad y a carecer de toda grandeza. Con palabras de Rousseau puede afirmarse que no ven o no quieren ver que «bajo esta aparente riqueza sólo hay en el fondo un signo de esterilidad, como las flores que cubren los campos antes de la siega.»

* * *

La interpretación de *Los Hugonotes* ha sido un gran éxito para el tenor Palet, en primer lugar, y para las señoras de Lerma y Capsir. En *Manon* fué aplaudidísima la señorita Vix, encarnando la parte de protagonista, e igualmente el señor Anselmi, sobreponiéndose a la indisposición que le aquejaba, se mostró digno de su renombre y lució su arte y su maestría.

MÚSICA DE GUITARRA

POR ENRIQUE GOMÁ

En el Ateneo ha dado recientemente un concierto de guitarra una distinguida artista; la señorita Roca, discípula del admirable Tárrega.

Estos conciertos de guitarra son para muchos una sorpresa. Un aspecto de la tradición musical española, el arte de los tañedores de guitarra, no populares, es poco conocido.

El valenciano Tárrega, muerto hace pocos años, continuó la tradición renovándola espléndidamente.

Es la guitarra el instrumento popular español por excelencia. Acompaña a la copla andaluza o aragonesa como ningún otro instrumento. Es su sonoridad complemento del estilo hondo de la canción andaluza o del enérgico y bravo cantar de Aragón.

Los guitarristas populares han inventado en sus improvisaciones las más características fantasías del ritmo y del genio andaluz. Este arte del guitarrista popular, intensa afirmación social, vive, perdura.

El guitarrista italiano cultiva otro estilo popular, y los acompañamientos de canción siciliana o barcarola napolitana, de un ritmo suave, no tienen semejanza con la apasionada invención étnica de nuestro guitarrista.

Lo mismo ocurre con el acompañamiento del fado portugués.

Conviene indicar que la guitarra portuguesa es distinta de la española.

En el resto de Europa, la guitarra no es instrumento verdaderamente popular y típico.

El arte de los vihuelistas cincocentistas y seiscentistas tampoco es el arte popular español.

Pero no dedico este comentario ni a los vihuelistas clásicos ni al estilo de los guitarristas populares.

He mencionado el concierto de la señorita Roca en el Ateneo, y ello es pretexto para recordar el arte de Tárrega y sus discípulos y su significación.

Indicaré, ante todo, que este arte en nada se relaciona con lo popular. Quizá se podría decir mejor que continúa, en cierto sentido, la tradición de los vihuelistas, pero con una importante diferencia que señalaré.

Tárrega era un temperamento extraordinario, un artista inteligente y de gran sensibilidad.

Escogió la guitarra como medio expresivo y alcanzó una gran perfección técnica y mecánica en su instrumento.

Tárrega tiene precursores españoles e italianos.

Él y sus discípulos interpretan las obras pianísticas de los clásicos, cuidadosamente transcritas para guitarra.

Se encuentran sin una literatura propia y a la música de clavecín y piano deben acudir.

En esto se diferencian de los vihuelistas clásicos que poseían un repertorio propio y original, que para ser interpretado en la guitarra moderna también debe transcribirse.

Las obras de Sor, Coste y otros guitarristas antiguos y las del mismo Tárrega, constituyen la verdadera música para guitarra.

Conozco las obras de Tárrega y de Sor, y, apreciando su belleza, es preciso confesar que, sin las transcripciones de música pianísticas, el valor estrictamente musical que las audiciones de los guitarristas tendrían sería muy escaso.

Como se ve, Tárrega y sus discípulos han abandonado, o poco menos, el contacto con lo popular. La significación de su arte es otra.

Son la equivalencia, como guitarristas, de los concertistas de piano o violín, interpretando un repertorio de idéntico carácter musical.

Bach, Martini, Mozart, Chopin, Schumann figuran en los programas de sus conciertos, y cuando interpretan algo español de un sentido popular, no son, generalmente, sino transcripciones también de músicas pianísticas de Albeniz o Granados.

Siempre he lamentado que estos guitarristas no hayan podido ofrecer un repertorio original y aprovechar de un modo artístico superior los ritmos y el estilo de la guitarra de Andalucía.

Forteza, Segovia, Pujol, Josefina Robledo, Lobet y la señorita Roca se cuentan entre los discípulos de Tárrega o continuadores de su arte.

Todos ellos son meritísimos artistas, algunos verdaderamente extraordinarios.

La guitarra por su sonoridad es a propósito para audiciones íntimas, muy música de cámara.

Se consiguen de la guitarra matices y efectos bellísimos y de admirable diversidad.

Claudio Debussy afirmó, después de una audición dada por el eminente Lobet, que la guitarra era un clavecínballo expresivo. En efecto: todo intento de expresión se traduce en la guitarra maravillosamente.

Lobet, que ha hecho triunfar su mágico instrumento ante los más selectos públicos filarmónicos de Europa y América, es autor de varias composiciones para guitarra, bellísimas y del más alto interés. Son glosas de temas populares de Cataluña. Esta música enriquece la guitarra con nuevos matices y nuevas sonoridades, y por su escritura significa en la precaria literatura de guitarra lo que es para la música universal el arte prodigioso de Claudio Debussy.

Como dato curioso, termino este comentario, indicando que en la partitura discutidísima del innovador ruso Strawinsky, *La consagración de la Primavera*, hay una parte de guitarra. Ignoro qué será esta música de guitarra.

Información Musical

En los últimos conciertos de la Orquesta Filarmónica, en Price, se han interpretado dos obras en primera audición: *Hungría*, poema sinfónico de Liszt, e *Historia de una madre*, poema sinfónico de Arregui, inspirado en un famoso cuento de Andersen.

Hungría es una magnífica glosa de temas característicos, en donde palpita el sentimiento popular y nacional del país danubiano. Arregui ha comentado la narración de Andersen, demostrando su inteligencia, su sensibilidad y su conocimiento de la técnica orquestal.

Lo mismo la obra del gran músico húngaro que la del maestro español, han gustado.

Mencionaremos también las interpretaciones de la *Segunda Sinfonía*, de Brahms, y de *L'apres midi d'un faune*, de Debussy.

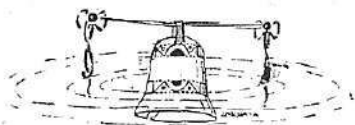
La *Segunda Sinfonía*, de Brahms, es quizá la mejor de sus cuatro sinfonías. La orquesta suena más ponderada y varía que en las restantes y las ideas son muy bellas.

Las admirables sonoridades del impresionismo debussista en *L'apres midi d'un faune*, no han interesado en esta ocasión mucho al público.

—En el «Metropolitan Opera House», de New York, se ha estrenado *Goyescas* la ópera de Fernando Periquet y Enrique Granados.

Parece que las bellas inspiraciones de las *Goyescas* para piano, orquestadas, son el principal comentario de la acción inventada por Periquet.

La ópera española ha alcanzado excelente éxito en la gran ciudad americana.





UN PORVENIR MUY PRÓXIMO EN LA FOTOGRAFÍA DE «RETRATOS»

POR KAULAK

Es general la creencia de que la industria artística o el arte industrial de la *Fotografía*, singularmente en lo que a la especialidad del *retrato* se refiere, han llegado poco menos que a la plenitud de sus tiempos. ¿*Qué más se va a hacer ya?*... (preguntan algunos contemplando los retratos indiscutiblemente maravillosos que hacen los fotógrafos artistas de Alemania e Inglaterra, por ejemplo, y que tan fielmente, y sin hacerles perder nada, reproducen los periódicos ilustrados de esas naciones que yo considero las más adelantadas, con los Estados Unidos, en fotografía). De ahí al retrato pintado, se añade, no hay más que un breve paso. Y esta manera de pensar y de decir no carece de disculpa.

Comparando los retratos fotográficos de hoy con los que se obtenían hace unos cincuenta años, se advierte el salto gigantesco que ha dado la aplicación al retrato del invento de Daguerre. De aquellas siluetas rígidas, inexpresivas, que transparentaban el esfuerzo penoso del modelo para permanecer quieto un minuto, a las inadvertidas instantáneas de hoy, rebosantes de vida y de animación y, a veces, con tanta o más composición que los retratos hechura de pintores, media, en efecto, un abismo.

Ya los buenos retratos no se circunscriben, como antes, a la figura escueta y descarnada del modelo, apoyado a lo más sobre un velador con tapete, libros y un búcaro con flores, o reclinada negligentemente en una balaustrada encima de la que se desparraman los pliegues de un tapiz... Ahora, y me refiero a los retratos hechos con entendimiento, se presentan éstos en actitudes naturales, usuales, *vividas*, con ambiente, términos, fondos y relieves, atendiendo al carácter y al tipo de cada modelo, y rodeando a éste de accesorios que, si hasta hace poco (yo los tengo aún) fueron teatrales y de guardarropía (las rocas de corcho, las empalizadas de cartón... etc.), son hoy tangibles y reales, de la misma calidad que los que usamos en la vida.

Se ha adelantado mucho en la manera de entender lo que debe ser un buen retrato, en el modo de hacerlo y de colocarlo, en su iluminación y en su presentación. Las máquinas modernas hacen prodigios, y los procedimientos en boga, prestan apariencia de grabados, agua-fuertes y dibujos, a

lo que, en puridad, no son sino impresiones y copias mecánicas realizadas hábilmente. Las Ópticas inglesa y alemana (ésta sobre todo), consienten exposiciones brevísimas y rinden imágenes de grandes cualidades plásticas, casi desprovistas de las deformaciones inherentes a toda línea que, al atravesar por cristales curvos y de muchísimo menor diámetro que ella, tiene forzosamente que modificarse. Y finalmente, el arte, la educación artística y el gusto depurado de algunos fotógrafos artistas, han acabado de elevar a la categoría de arte secundario (por lo que tiene de mecánica), lo que, en un principio, no fué sino inconsciente método de reproducción documental.

Pero, aun siendo esto evidente, ¿puede, por ello, pensarse ni decirse que la fotografía en general y en particular la de *retratos*, haya llegado a un apogeo insuperable?...

A mi juicio, no. Circunscribiéndome al *retrato*, sostengo que, dadas las tendencias estéticas del día, los modernismos del día por mejor decir, le falta a la fotografía, entre otras muchas cosas cuya enumeración por lo que tiene de técnica no considero ahora conveniente, aquella condición fundamental que el insigne Taine exigía a las obras de arte: el reflejo o la intervención del *ambiente*. Los retratos de hoy, aún los más magníficos, son como vaciados repetidos en un mismo molde. En general, todos se parecen. Sobre poco más o menos todos son lo mismo. Adolecen de la falsedad de las luces amañadas en las Galerías clásicas, de las posiciones impuestas por la permanencia en un mismo lugar que, disfrácese como se disfrace, es siempre el mismo escenario, del carácter ficticio de un número determinado de muebles que, como es natural, los fotógrafos no pueden cambiar cada ocho días. Todo el mundo se retrata como nunca está. Y, a mi entender, todo el mundo debía retratarse como suele estar, es decir, en medio de su *medio*, rodeado de lo suyo, de lo en que vive y usa, en una palabra: de su *ambiente* propio y exclusivo, que suele ser tan peculiar a las personas como los rasgos de la cara o la manera de peinarse.

Y este es, a mi juicio, uno de los ideales que hoy persigue la fotografía que pretende ser artística.

Obstáculo insuperable, hasta el momento, para la consecución de este ideal, con el que yo sueño, era el factor *luz*. Pese a los adelantos de la óptica y a las muletas del *magnesio*, las fotografías, o por mejor decir, los *retratos a domicilio* y no en las galerías aún en auge, resultaban detestables, por escasez, dureza y desigualdades de la luz. Todavía para disculpar la inferioridad de algún retrato, se dice: *Tenga usted en cuenta que está hecho en una habitación o lo hice ayudado del magnesio*. Pero, de hoy en adelante, no hay ya disculpa que valga. El problema ha dejado de serlo gracias a la luz eléctrica. Las potentes lámparas incandescentes, de luz viva, fija y blanca, que bien colocadas y repartidas (como las coloca en su palacio el distinguido aficionado señor conde de Vilana, y lo demuestran las fotografías que ilustran este artículo), dando hasta la sensación del aire libre, como acontece en algunas escenas del cinematógrafo, permitirán en lo su-



«Lección de canto».—Retratos de las señoritas L. y B. Ch. por Kautak.

cesivo, y cada día con más facilidad, la obtención de magníficos retratos en el domicilio de los clientes, es decir, el para mi ideal de retratar a cada uno, y valga por lo justa lo pedestre de la frase, dentro de su propia salsa, rodeado de sus muebles y de sus cosas... y no de las decoraciones de *salón lujosamente amueblado* o parque que solemos tener los fotógrafos en nuestras galerías.

A la transformación que espero, tiene que contribuir el público, acostumbrándose a recibir y pagar no los retratos de *cómo se quisiera ser* (que son los que más damos), sino de *cómo se es* (que suelen ser los que nos rechazan...), es decir, admitiendo *la realidad* y rebelándose contra las falsificaciones del retoque y de las composiciones necesariamente monótonas de un estudio, aceptando el *realismo* que, además de otras varias cualidades externas, avalorará los retratos fotográficos en un porvenir mucho más próximo de lo que se cree.

Y acabo añadiendo a esta predicción, que es también aspiración vehemente, el deseo de que *la veamos* cumplida, dándome yo el gusto de no morirme sin haber asistido a lo que estimo como una *redención* de la especialidad del retrato en fotografía. Amén.

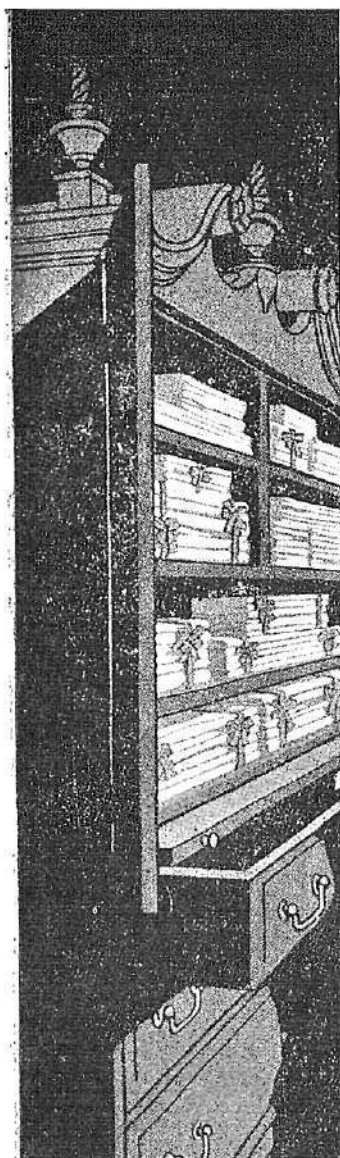


«Confidencias». Retratos de las señoritas L. y B. Ch., por Kaulak.

Trousseaux completos para novias,
desde 300 pesetas en adelante.

Grandes Almacenes
de la
PUERTA DEL SOL, 15

Precio fijo. - Entrada libre.



Para reponer.—Mantelerías crepé para comida, con calados a mano, para doce cubiertos, 29,90 pesetas; mantelerías damasco, para 6 cubiertos, 3,75; mantelerías prácticas de sarga, 2,70; mantelillos calados para mesas de té, 5,75; mantelillos para los aparadores, 1,95. Por 0,25 cubrecopas bordadas. Infinidad de modelos en mantelerías y juegos de cama combinados, con ricos calados y finos bordados a mano, modelos extranjeros de gran fantasía. Centros y caminos de mesa, y otros mil artículos de lujo para comedor, todo novedades extranjeras, con 50 por 100 de ventaja. Juegos de cama completos, muy prácticos, 6,05; sábanas confeccionadas con vainica, 1,95; Cuadrantes confeccionados con vainica, 1,75; cubrecamas nansú, con ricos encajes, 25; rasos especiales para visos colchas, doble ancho, 4,75; colchas sedalina, lavables, en estilos Imperio, Renacimiento y Luis XV, 11,50, y de piqué, prácticas, con fleco, 2,95.—Todo más barato que en ninguna parte.

CASAS DE COMERCIO ELEGANTES

Modistos

PAQUIN.—Plaza de las
Corte:, 6, primero.

MADAME RANSINAN-
GUE.—Jorge Juan, 15,
primero.

Sombreros de señora

MARIE.—Príncipe, 15,
entresuelo.

Confiterías

CARLOS PRATS.—Ca-
lle del Arenal, 8.

Perfumerías

FORTIS.—Puerta del
Sol, 1.

Peluquerías de señora

PAGÉS.—Peligros, 1.
PIERRE CASEMAJOR.
Caballero de Gra-
cia, 22.

Sastres de señora

WALTER.-LADIES &
GENTLEMEN TAI-
LOR.—Alcalá, 28,
principal.

Plantas y Flores

Espoz y Mina, 10.

Joyerías

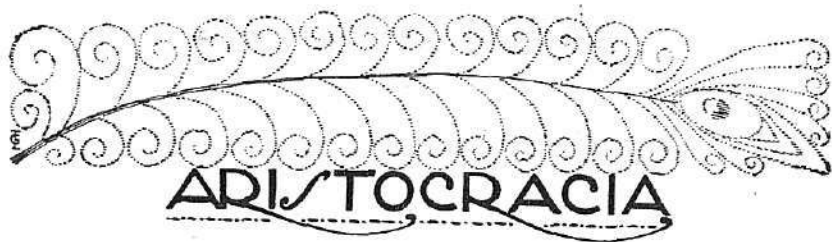
ROZANES.—Alcalá, 18.

Muebles artísticos

SAENZ SANTAMA-
RIA.—Monte Esquin-
za, 14.

Camiserías

MIGUEL GÓMEZ (So-
ciedad en comandita).
Núñez de Arce, 14.



LOS ALMUERZOS DEL DUQUE

(NOTAS DE LA QUINCENA)

POR LEÓN-BOYD

Si en las crónicas del gran mundo no tuvieran eco más que las fiestas en grande, pasaría ahora inadvertido un rasgo generoso de un prócer ilustre que mueve a esta pluma mía a prodigarle unos elogios o, por decir mejor, unas justicias. En el maremagnum de noticias que a diario circulan —la petición de mano, el alumbramiento feliz o desgraciado, el próximo baile, el *té-bridge*, el traslado de domicilio, el regreso o la marcha, la función benéfica, la concesión de un nuevo título, etc., etc.—, hay algunas que tienen un gran interés y un gran patriotismo, y que revelan, sobre todo, un alto espíritu de nobleza en los protagonistas. Y como que revelen todo ésto es cosa muy halagadora, al rasgo me circunscribo con algún detalle que recuerde.

¿Conocéis al duque de Tamames? Sí, sí, le conocéis seguramente, y seguramente habreis oído hablar de su carácter, de su sencillez, de su encantadora familiaridad, de su amor a las Artes y a las Letras, de su amor al Ejército, de su amor a España. La casa, el palacio del duque de Tamames, es una delicia; y no son solamente las obras de arte las que en él atraen, no; es el ambiente que allí reina, es la soberanía, es el señorío que allí se respira, es que hay allí mucha cantidad de España, y muy buena. A casa del duque de Tamames acuden a diario ¡qué se yo las personas! Todas bien distintas, pero todas sobresalientes, todas con un «por qué» para visitar aquel palacio instalado, levantado más bien, en la clásica calle del Duque de Alba. ¿Y a qué acuden allí? El duque, que es todo un gran señor, gusta en todo momento de la conversación animada, de la charla amena, de oír hablar y de hablar él, de las distintas manifestaciones de la vida, de cuanto marca en el vivir un movimiento de actualidad y de progreso. Y como él no es de los que «quedan en casa» por las tardes ni por las noches, reúne a diario buen número de amigos a la hora del almuerzo que se sientan a la mesa ducal, y otro buen número de amigos a la hora de la comida. Tales comidas y almuerzos son un primor y una delicia, porque a la elegancia en el ser-

vicio, a la exquisitez en el menú, se une una conversación atrayente y pintoresca. Tales almuerzos y comidas, repito, tienen una encantadora popularidad aristocrática.

Aristócratas, literatos, poetas, autores dramáticos, críticos insignes, militares, políticos, nada falta allí, en aquella reunión que preside el ilustre decano de la Diputación de la Grandeza. Y como gusta de rendir sus homenajes a quienes a su juicio lo merecen, hace aún pocos días sentó a su



El IV Duque de Tamames.

mesa a un sargento de inválidos que se llama D. Salvador Miguel Figuerola. —¡Bravo, duque, así se hace!— le decía alguno de los que aquel día era también comensal suyo. —Esto de sentar a su mesa a quien por la patria quedó manco y a quien por su heroísmo mereció la Cruz laureada de San Fernando, está muy bien y es muy hermoso—. Y, en efecto, a la derecha del duque se sentó el sargento y el duque mismo le sirvió los platos y le partió las viandas.

Y para que guardase un recuerdo del día, todos los comensales firmaron el menú que el duque entregó al soldado en una petaca de plata.

El sargento no sabía qué decir porque la emoción agolpábale ideas en su cerebro y las palabras no salían de sus labios, y el duque, que estaba también emocio-

nado, tomó un retrato suyo en el que aparece con el uniforme de coronel de voluntarios y se lo entregó al valeroso muchacho con una elocuente dedicatoria.

¿Es hermoso este rasgo? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que es muy hermoso que a la mesa de un prócer ilustre como el duque de Tamames, decano de la Diputación de la Grandeza, se siente un muchacho que ha sabido defender la patria exponiendo su vida y sufriendo las consecuencias de la batalla en condiciones tan graves y tan gloriosas que le han valido la Cruz laureada de

San Fernando? Nosotros hemos felicitado calurosamente al duque de Tamames, pero queríamos hacerlo en público desde aquí porque merece que se conozca lo que el ilustre aristócrata hizo sin este propósito.

Más que muchas fiestas «en grande» ha sido «grande» ésta que ha empezado por no ser fiesta; pero que ha sido un bello homenaje al heroísmo por quien siente muy alto y muy hondo el amor a la patria

El muchachote, el soldado modesto, el sargento valeroso que se ha sentado por sus propios méritos a la mesa de un prócer que ha sabido reconocerlos, es el guarda humilde que tiene en el Retiro el Monumento a Alfonso XII. Ya lo sabéis. Y al pasar junto a él recordad que por la Patria le rondó la Muerte y recordad también cómo nuestros grandes aristócratas saben dispensar el honor de sentar a su mesa a los que se hacen acreedores a tales distinciones y al respeto y la consideración de las gentes. El referido es un rasgo más de los muchos que adornan la vida del duque de Tamames.



Srta. María Fernández de Henestrosa, hija de los Duques de Santo Mauro. *Fot. Kari'ak.*

Un día es a un poeta al que sienta a su mesa entre el número de sus íntimos; a un poeta consagrado ya o que comienza a brillar con los fulgores de la juventud, que el duque gusta de rendir admiraciones y de fomentar alientos y entusiasmos; otro día sienta al autor festejado que acaba de triunfar con alguna obra maestra a quien el público reverencia todas las noches; otro día es al concertista ilustre o al actor insigne... Y ahora ha sido al militar, al soldado, al símbolo del valor y del heroísmo.

Y todo esto con la mayor sencillez, con la mayor familiaridad, sin noticiones en los periódicos, sin graves anuncios de estos deliciosos almuerzos. Pero yo he querido hoy dedicar estas primeras líneas de mi crónica a este rasgo-prócer, porque entiendo que debe conocerse, porque entiendo que retrata de cuerpo entero el carácter de nuestra aristocracia hidalga, porque sobre todo pinta el carácter de este duque de Tamames, gran señor y gran español, que ha viajado mucho, que ha vivido mucho, y que después de haber probado casi todas las cocinas del mundo y de haber desfilado por su palacio los más acreditados cocineros, sigue prefiriendo a muchos platos extranjeros, muy en boga hoy y muy preferido por muchos elegantes, el sabroso cocido español.

Muy bien, señor duque, muy bien. Todos fueran así, y acaso las cosas marcharían de otro modo. Pero como no vamos a filosofar pongamos aquí punto con mi enhorabuena para usted y para el sargento Figuerola. Y al prócer y al soldado Díos les guarde.

* * *

Una vez consignado este almuerzo y rindiendo culto a las notas de la quincena, señalaremos un lindo concierto celebrado en el hotel de la marquesa de Bolaños. La marquesa de Bolaños es lo que se llama una artista. Ella canta, ella escribe prosa bellísima, ella siente la poesía con raro acierto. Y hace pocas tardes en su elegante hotel de la calle de Villanueva se reunieron unos cuantos de sus amigos. Pero no fué, lector, como tu te estarás figurando, para oír a ella; fué un obsequio, fueron unas primicias que a sus íntimos quiso consagrar la bella dama. Oyóse cantar a la señorita Olga Matteini, a la que muy pronto podrá escuchar el público del Real en la ópera de Massenet «Loreley».

—Van ustedes a escuchar a una artista.—decía la marquesa.

Y en efecto, con arte insuperable, con maestría impropia de quien aún se encuentra en los comienzos de su carrera artística y casi en los comienzos de su vida, pues apenas cuenta veinte años, la señorita Matteini cantó unas bellísimas canciones de Schumann, el aria de *Bohemia*, una romanza de la ópera *Hero y Leandro*, *Amore, Amore*, de Tirindelli y la *Se-renata y Aprile*, de Tosti.

Se aplaudió a la artista. Y los aplausos que escuchó fueron, seguramente, un anticipo de los que escuchará en el Real. Nos quedamos, pues, con los deseos de escuchar a la dama a quien en otros momentos hemos admirado. De todas suertes hemos de agradecerle la presentación que nos hizo.

En la Legación del Japón se ha celebrado otro pequeño concierto y otro en casa de los señores de Adeoch, patrocinado por los Embajadores de Inglaterra; pero el concierto supremo, el que ha reunido todas las aristocracias, la de la sangre, la de la belleza y la del arte, ha sido el celebrado en Palacio como obsequio de S. M. a las clases de etiqueta.



Srta. Maria Josefa de Martos y Arregui.

Fot. Kaulak.

Genoveva Vix, la artista de suprema elegancia, cuya voz encanta y cuyos trajes motivan siempre mil elogios de las damas; Titta Ruffo, el barítono eminente, esplendoroso de facultades; Palet y Costa y Terán, fueron los protagonistas del concierto a los que acompañó el maestro Guervós. Una fiesta en Palacio es siempre un suceso. Y así lo ha sido este concierto.



Srta. María Carlota Navarro.

Fot. Kaulak.

que aunque *pequeño*, por el número de los invitados, fué *grande* por la calidad de los mismos, por la nombradía de los artistas y... porque grande tiene que ser todo aquello en lo que pone su pensamiento o su mano este Rey español, para el que España entera va a pedir muy pronto un rendido homenaje de admiración y de cariño.

Y para terminar, un cotillón bailado en el palacio de los marqueses de



Srta. Sisita de Picabia.

Fot. Kaulak.

Viana; un bailecito *blanco* en el palacio de los duques de Santo Mauro, organizado y dirigido por la señorita de Fernández de Henestrosa, hija menor de los duques, baile al que concurrieron Sus Majestades y en el que los músicos de Boldi se hicieron acreedores a un aplauso cerrado que les otorgó la concurrencia cuando a las cinco de la madrugada cesaron de tocar; un banquete en la Legación de los Países Bajos, otro en casa de Mme. Viengué, la esposa del Consejero de la Embajada de Francia, y un saludo de SUMMA para dos señoritas que se han presentado en el mundo social aureoladas de las más risueñas ilusiones.

María Carlota Navarro —*Milota*, como la llaman cariñosamente sus padres—, hija del Delegado especial del Gobierno portugués, cerca del Gobierno español, a la que hemos visto brillar en las últimas fiestas y la que, acaso, brille ya en París cuando se publiquen estas líneas, por trasladar allí sus padres su residencia diplomática, y Sisita de Picabia, una gentilísima señorita de la aristocracia barcelonesa que ha pasado una temporada en Madrid donde deja un bello recuerdo de su estancia. A su belleza y a su simpatía, suma una educación admirable: baila, canta, habla cuatro idiomas, toca a maravilla el piano, monta a la perfección a caballo y, sobre todo esto, que nos la presenta como una linda señorita de sociedad, es también, lectores, toda una mujer de su casa, interesada en la mejor marcha de todos los pequeños menesteres.

Ya lo sabéis: monta a caballo, habla cuatro idiomas, baila a la perfección y... es una gran mujer de su casa. Y esto último tiene en la vida de toda mujer, por muy *chic* que sea, una decisiva importancia.

Y vaya un deseo de felicidad para unos nuevos esposos que hoy ya están en Tánger pasando su luna de miel: para María Josefa de Martos y Arregui, hija de los señores de Martos O'Neale, y para D. Ricardo Baeza, escritor muy notable y uno de los jóvenes de hoy día de cultura más sólida. Sean muy dichosos.





LA VOCACIÓN

POR EL DR. CÉSAR JUARROS

La profesión de médico es una dolorosa profesión, dolorosa y difícil. Una profesión en que se ha de luchar heroicamente, aun teniendo la seguridad de ser vencido. Morir es ley fatal. Al correr del tiempo todos los enfermos y los sanos todos, están condenados a sucumbir. El médico puede alejar momentáneamente la muerte, pero la muerte vuelve siempre y vuelve para triunfar. De aquí nace un serio motivo de ingratitudes e injusticias. Se nos reprocha por no saber conservar lo inconservable. El egoísmo temeroso de los incapaces de afrontar cara a cara el gran enigma, alcanza aquí espléndido desarrollo.

Ser médico supone vivir junto al dolor, junto a la cobardía, junto a la tristeza. Los espectáculos más crueles, las más lancinantes penas, la germinación de las más hondas amarguras, integran nuestro ambiente psicológico. No creas, lector, lo de que el hábito nos familiariza con el dolor y la muerte. No es posible acostumbrarse. En los momentos de angustia, de desesperación, los deudos, las madres, los enamorados, los hijos, las amantes, llaman a nuestros corazones con aldabonazos tan llenos de ansiedad que todos nuestros sentimentalismos quedan en carne viva y sangran generosos, en ofrenda de ilusión que no nos es dable hacer florecer.

Aún hay más. El calvario de la medicina es pródigo en manantiales de amargura. La medicina es una ciencia de constante renovación. Todo lo estudiado de poco o nada sirve si no se sigue la labor con la misma intensa avidez de los años mozos. La verdad de ayer deja de serlo mañana. El procedimiento que nos entusiasmara hace un año hemos de sustituirlo por otro mejor, recién ideado. El libro que nos deleitara hace unos meses ya no contiene toda la verdad. Y el cumplimiento del deber y el estímulo, punzador de la reputación, nos hostiga, nos espolea a perseguir el libro nuevo, el instrumento nuevo, la técnica nueva, aun sabiendo que libro, instrumento y técnica han de vivir poco y poco tiempo han de servirnos.

Y como fondo de todo, la injusticia, las censuras, la incomprensión de los profanos, que pretenden que sostengamos una vida que ellos malgastaron, olvidados de la higiene y de nuestros consejos.

Sabido esto, ¿no te parece, lector, que la profesión de médico debiera ser una profesión de excepción?

Ser médico supone ser hombre de abnegación, de gran resistencia física, de no escasa agudeza mental y de tremenda agilidad intelectual. Para el médico cada nuevo enfermo supone un caso distinto, totalmente distinto de cuantos vió, leyó y oyó antes. La Medicina es ciencia de interpretación personal, autónoma. En ella no existen caminos reales, es forzoso ir siempre campo a traviesa. Este modo de trabajar tiene una ventaja: la de afirmar, la de robustecer la personalidad; pero al mismo tiempo el médico necesita preocuparse de la psicología de sus enfermos. Es forzoso adaptarse a ella. A cada enfermo ha de dársele un trato diferente, ha de hablársele de un modo distinto.

No puede ser el mismo nuestro tono ante el cabezal de maíz de un destripa terrones que ante la almohada de miraguno de un artista. Nuestra misión no sólo es recetar, es también consolar, sembrar esperanza, enflorecer la ilusión.

El médico ha de ser acero por dentro, cera por fuera.

¿Cuántos hombres podrán ser así? Muy pocos. Los que tengan vocación.

He aquí la entraña del problema médico, que a la par es problema nacional.

Las vocaciones de artista, de militar, de literato, de político, abundan. Se trata de profesiones magníficas, brillantes. En ellas la gloria es ruidosa, gloria de clarines y guirnaldas. El campo de lucha es de una gran belleza, con público pronto al entusiasmo. No hay nervio que no vibre ante el heroísmo guerrero, la victoria del pincel, el triunfo de la palabra o el éxito de una bien cortada pluma.

Es bello, es gallardo, es luminoso. Las victorias del médico son calladas. Muchas veces son consideradas como derrotas. Un enfermo agoniza sin saber de qué, un médico hábil, estudioso, en un momento de inspiración lo averigua y al mismo tiempo que la clase de la dolencia su incurabilidad y el próximo fin del enfermo. Ha sido un diagnóstico admirable, un prodigio de intuición, de cultura, de habilidad clínica. ¿Creéis que mucha gente considerará aquello un triunfo? ¿Pensáis que no habrá alguien a quien ciegue el dolor y el dolor le haga censurar al médico que no supo defender la vida del ser querido?

La vocación de médico ha de escasear, porque la medicina es carrera de angustia, de esfuerzo obscuro y de triunfar callado. La vocación de médico es rara, los médicos abundan. ¿No os dais cuenta de la gravedad de la cuestión? ¿Entendéis ahora la desunión que mina a la clase?

¿Comprendéis ya el por qué del charlatanismo suicida que corroe a los médicos españoles?

¿Alcanzáis los motivos de la indefensión higiénica en que se halla España?

¿No sentís en vuestras médulas el escalofrío de las grandes tragedias al

pensar en los médicos sin vocación, amarrados al duro banco de una titular de dos o tres mil quinientas pesetas, pagadas en trigo, escondida entre breñas «a cuarenta y cinco kilómetros de la estación más próxima», según rezan los anuncios de las vacantes?

¿Qué eficacia puede tener la labor de esa pobre víctima para la organización de la defensa sanitaria nacional?

Y si escribí víctima, lector, fué porque por víctimas y mártires reputo yo a los médicos faltos de vocación.

¿Víctimas de quién?

De sus familias que los impulsaron a ser médicos, de los profesores que les autorizaron a serlo, de su misma cobardía que no les permitió romper las cadenas.

¡Y pensar que todo el problema médico, como la mayoría de los problemas nacionales, no es sino un problema de vocación! ¡Y los profesores que tienen en sus manos la solución!



Información médica

Ha aparecido el primer número del *Boletín del Colegio de Médicos de la provincia de Madrid*, primera de las reformas proyectadas por la nueva Junta.

—Se ha anunciado la vacante de académico de número de la Real Academia de Medicina, producida por fallecimiento del Dr. Guedea.

—En Valencia, y con gran solemnidad, se celebró en el teatro Eslava una sesión dedicada a la memoria del Dr. Moliner.

—En Orihuela (Alicante) ha empezado a publicarse un nuevo periódico médico titulado *España Médico-Forense*.

—Se ha creado la Inspección regional de Sanidad del Campo de Gibraltar, con el sueldo o gratificación de 4.000 pesetas anuales.

—La Junta directiva de la Sociedad Ginecológica Española, ha quedado constituida de la siguiente forma: presidente, Dr. D. José M.^º Blanc; vicepresidente primero, Dr. D. Isaac Moreno; vicepresidente segundo, Dr. D. Armando Udaeta; secretario general, Dr. D. Fernando Villanueva; ídem de actas, Dr. D. José María Otaola; vicesecretario, Dr. D. Luis Romeo; tesorero, Dr. D. Tomás García López; bibliotecaria, doctora señorita Rosario Lacy.

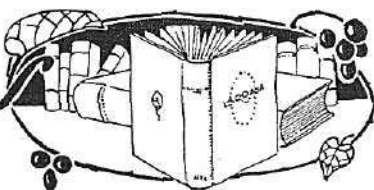
DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

EL célebre médico Sr. Espina y Caño ha compuesto una fórmula con el nombre de PLETONEUMOL, de tan admirables resultados en los enfermos catarrosos, convalecientes de gripe y tuberculosis en el primer período, que los enfermos sometidos a este tratamiento han obtenido resultados seguros de curación. Por mayor: Martín y Durán, Mariana Pineda, 10, y Pérez, Martín y C.^ª, Alcalá, 9. Agente general: A. Reyes Moreno, Abada, 5, Madrid.

CATARRO, TOS, Jarabe de Heroína (benzo-cinámico del Dr. Madariaga. Agradable e insuperable remedio pectoral.

NOTA.—Consecuentes con la campaña emprendida por nuestro redactor el Dr. Juarros, no admitimos más que los anuncios de específicos de composición bien garantizada.

Libros



EL SUPUESTO RETRATO DE CERVANTES

POR BERNARDO G. DE CANDAMO



XISTE un retrato auténtico de Miguel de Cervantes? Unos dicen que sí, otros afirman que no. Después de leído el libro que don Julio Puyol acaba de publicar, nosotros permanecemos sumidos en un mar de confusiones, si bien nos inclinamos a creer que todo lo del retrato verdadero del autor del *Quijote* no es otra cosa que una superchería eutrapélica, una fantasía humorística, una ingeniosa invención. Por lo menos eso es lo que cree el Sr. Puyol, y como el Sr. Puyol apoya en una sólida base crítica sus razonamientos, nosotros los aceptamos por ahora mientras no se presenten otros más categóricos en

contrario. Los aceptamos por ahora... Ya están aceptados. Y una vez aceptados, nos decimos: ¿Es realmente importante el supuesto de un hallazgo del retrato verdadero de Miguel de Cervantes Saavedra?

Según se mire. Si el retrato de Cervantes, el auténtico retrato de Cervantes se armoniza en lo expresivo y espiritual con la obra cervantesca, la cosa está fuera de duda. Es frecuente el capricho de atribuir todo género de prestigios personales a los autores de las obras maestras en cualquier arte. Y no sólo a los autores de obras maestras en ese sentido, sino a cuantos por la eficacia de una predicación bien intencionada han conseguido ennoblecer los sentimientos humanos. La fotografía—ese testimonio implacable de la fealdad contemporánea—nos procura múltiples decepciones. Suele presentarnos la fotografía a los poetas más exquisitos y elegantes, tal como ellos son en la vida real, y no abundan los ejemplos de compatibilidad entre el hombre y la obra.

El supuesto retrato de Cervantes, arbitrariamente instalado con todos los honores en el salón de la Real Academia Española, posee, aparte de la opinión académica, una considerable ventaja. No hay inconveniente alguno en que Cervantes fuera así. Encontramos en el rostro todos los rasgos de un hombre inteligente capaz de pensar, de meditar, de vivir, de pelear y de sonreír con la sonrisa cansada en la que luchan el optimismo esperanzado y el escepticismo aprendido en la experiencia de todos los días. Coinciden las líneas de ese rostro con el retrato que de sí mismo trazó Miguel de Cervantes. Ello parecía decir que el autor del *Quijote* había logrado la singular fortuna de que su producción y su aspecto físico fueran dignos la una del otro. No por ser ello excepcional es inadmisibles. Como retrato «inventado» de Cervantes, sería el ideal. Ahora bien, parece que semejante retrato, sin que se haya declarado que es una invención, viene a ser lo que podría considerarse como una mixtificación imaginativa.

Tal se deduce del interesantísimo folleto, recién publicado por D. Julio Puyol y Alonso.

* * *

Hay algo trascendental en este libro. El Sr. Puyol remueve en él las aguas mansas y estancadas de la absurda erudición española. Demuestra el Sr. Puyol que nuestros eruditos no utilizan su saber libremente, sino como conviene a la defensa de una tesis determinada.

Así estos hombres apacibles, estos hombres sesudos, han considerado que debe lucharse en pro de la autenticidad del retrato de Cervantes y luchar como Dios les da a entender. Cuando carecen de pruebas se dan a las suposiciones, y cuando les desconcierta algún dato, ellos, en vez de amilanzarse, se hacen fuertes y fantasean a su gusto.

Y así han fantaseado y así se han hecho fuertes, cuantos aspiran a demostrar que el supuesto retrato de Cervantes es el verdadero retrato de Cervantes. Claro que para que su defensa sea más indudable, aún no se ha consentido a nadie que estudie el retrato de cerca y por los medios adecuados para un análisis de esa especie. Puyol rebate en su folleto los juicios apasionados y personalísimos de D. Alejandro Pidal y de los señores Sentenach y Rodríguez Marín. Aduce en contra de ellos las opiniones de don Juan Pérez de Guzmán, muy documentada y precisa, y de D. Aureliano de Beruete y Moret, dubativa, mientras el cuadro no pueda verse sino pendiente de un muro.

Termina el trabajo de Puyol con una carta a D. Antonio Maura, como presidente de la Academia Española, para rogarle que consienta que el supuesto retrato de Cervantes pueda ser examinado por personas competentes que dictaminen definitivamente acerca de la autenticidad o no autenticidad de la obra que se atribuye a Juan de Jáuregui.

* * *

Y esta cuestión de lo del retrato de Cervantes, es una de las manifestaciones del cervantismo, es decir, de algo totalmente opuesto al verdadero cervantismo, al quijotismo del espíritu del autor del *Quijote*.

Si hasta el momento actual no ha existido otra cosa más que cervantismo, con la excepción admirable de D. Miguel de Unamuno, quijotista desenfrenado, hora es ya de que frente a los eruditos comineros y mezquinos se levante el espíritu de los artistas españoles. La ocasión está propicia. El Sr. Puyol ha dado el primer paso. Cuando el «quijotismo» haya triunfado, el cervantismo habrá muerto para siempre.



NOTAS POLÍTICAS

POR FERNANDO BOCCHERIN

Descargó la tempestad que se cernía en torno del gobierno, y como consecuencia vino el planteamiento de una crisis parcial que determinó la destitución del Sr. Urzáiz y su sustitución en el Ministerio de Hacienda por el Sr. Villanueva, encargándose de la cartera de Estado el Presidente del Consejo mientras encuentra quien la acepte.

Desde que fué llamado a los Consejos de la Corona el partido liberal venía existiendo una división honda en el seno del Gabinete.

El Sr. Conde de Romanones procuraba atenuar los efectos de esa división que, en vez de desaparecer, se acentuaba más y más con el transcurso del tiempo.

La casi totalidad de los ministros situados enfrente del de Hacienda mostrábase dispuestos a no transigir con el proceder autoritario y altanero del mismo, que les colocaba en un lugar de irritante inferioridad.

La situación era difícilísima e insostenible.

Estaban ya muy quebrantadas la unión y la armonía que deben existir en los gobiernos, y con motivo del grave problema de las subsistencias se rompieron por completo.

Esperaban los ministros, arma al brazo, la ocasión de entablar combate con el compañero que, a juicio de ellos, trataba de imponerse a todos, incluso al presidente, y aprovecharon la oportunidad que se les presentaba para batirle y derrotarle.

El Sr. Urzáiz no era partidario de la ley de subsistencias, votada por las Cortes conservadoras hace un año, y el gobierno acordó mantener en vigor dicha ley, prorrogándola por un año.

El Sr. Urzáiz, derrotado pero no dispuesto en manera alguna a retirarse del Gobierno, dió una fórmula de aparente concordia diciendo: «*que continuara vigente la ley y la aplicaran otros*», al propio tiempo que hablaba de conjuras de los demás ministros y ponía a éstos de vuelta y media en sus diarias conversaciones con los informadores de la prensa.

Los demás ministros no se abstuvieron de exponer con toda claridad lo ocurrido en el Consejo en que se tomó el acuerdo molesto para el Sr. Urzáiz, y procuraron responder a los bruscos ataques que éste les dirigía, poniendo de relieve la derrota del mismo.

El señor conde de Romanones no quería prescindir del Sr. Urzáiz, cuya presencia en el Gobierno, daba al mismo, autoridad, prestigio y respetabilidad; pero no se trataba ya de soportar impetuosidades de carácter e intransigencias, tratá-

base de cumplir un acuerdo del Ministerio, contra el cual se rebelaba precisamente quien por su cargo estaba obligado a cumplirle, y esto, sobre ser intolerable, afectaba a la dignidad de todos los ministros y más aún a la del Presidente. Así lo entendió éste, y ante la actitud pasiva del Sr. Urzáiz, le escribió una carta participándole que iba a someter a la firma de S. M. el Decreto declarándole cesante.

La sustitución del Sr. Urzáiz ofrecía grandes dificultades y decidió el conde de Romanones proveerla provisionalmente; pues ya se sabe que el Sr. Villanueva ocupará la presidencia del Congreso y antes de que las nuevas Cortes se reúnan habrá que pensar en elegir un ministro de Hacienda definitivo.

Siendo, como es, numerosísima, la plana mayor del partido liberal, no se destaca en ella una personalidad de altura y suficientemente preparada para desempeñar la cartera de Hacienda en los críticos momentos actuales.

Cuando el conde de Romanones se vea precisado a designar sucesor al señor Villanueva, tendrá forzosamente que apartar su vista del grupo de los exministros para fijarla en el de los ministrables, en donde se destaca una figura que domina en absoluto los problemas económicos y rentísticos, a los cuales ha dedicado sin tregua ni descanso una fructífera labor de veinte años, y que, por tener planes y proyectos propios, constituye hoy, entre los que no han sido ministros, la única personalidad sobradamente capacitada para encauzar y regenerar la Hacienda española.

Esa personalidad ocupó en tiempos de Canalejas una cortísima temporada la Subsecretaría de Hacienda, en la que no se la dejó en libertad para exteriorizar su valía. Aludimos al diputado a Cortes, publicista y financiero D. Emilio Riu, quien, si existiera D. José Canalejas, ocuparía ya el puesto a que sus talentos y sus condiciones excepcionales le hacen acreedor.

* * *

La Liga contra la pornografía viene actuando con celo plausible para evitar el vergonzoso espectáculo que ofrecen a diario en las calles céntricas de Madrid, de Barcelona y de otras capitales importantes, los vendedores ambulantes de impresos obscenos y fotografías repugnantes.

Una comisión de la Liga ha visitado recientemente al fiscal del Tribunal Supremo, D. Avelino Montero Villegas, quien la ofreció con todo interés ocuparse del asunto y prestar a la liga su decidido concurso.

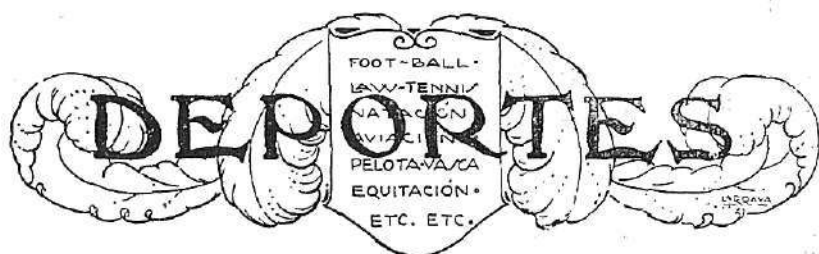
Las espontáneas y satisfactorias manifestaciones del ilustre fiscal del Tribunal Supremo produjeron la más grata impresión en el ánimo de los comisionados de la Liga contra la pornografía.

Falta hace que todas las autoridades, imitando el proceder del Sr. Montero Villegas, presten su apoyo y su cooperación a la simpática asociación que persigue tan morales y elevados fines.

* * *

La Diputación Provincial de Madrid ha celebrado ya la última de las sesiones del actual período semestral y ha entrado en funciones la Comisión provincial.

La situación actual de esta corporación honra a los diputados que la constituyen y más principalmente a su digno presidente, D. Alfonso Díaz Agero, a cuya acertada gestión se debe en gran parte la organización excelente de todos los servicios provinciales.

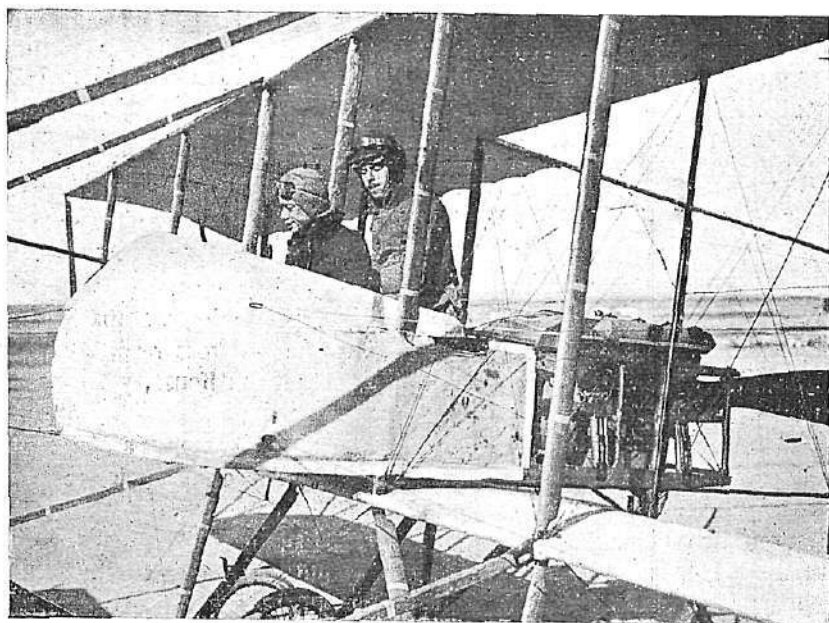


LA COPA DE DION BOUTON

POR LEOPOLDO ALONSO

Es indudable que la institución de premios como la Copa ofrecida por la casa de De Dion Bouton, ejerce un benéfico influjo en el ánimo de los pilotos, y aunque los militares no necesitan otro estímulo que el del cumplimiento de su deber, es muy agradable ver recompensados sus esfuerzos con un premio que, más que el valor material (y no es pequeño), tiene el de servirles como trofeo de lo conquistado con su labor y su intrepidez.

Apenas instituída la Copa, después del record de Moreno Abella, ya se



El capitán Zubia y el teniente Marcona en el *record* de la Copa De Dion Bouton.

han realizado pruebas de importancia hasta ahora sólo por el capitán Zubia, de infantería, un jovencito para quien el aire no tiene secretos ni peligros que lleguen a arredrarle.

Después de dos tentativas en las que por mal funcionamiento del barógrafo o, mejor dicho, del tintero del barógrafo, no las consideró definitivas, subió el jueves 17 a 3.000 metros sobre el nivel de Cuatro Vientos, o sea a 3.700 sobre el mar, llevando como pasajero al teniente Marcona, de caballería. El sábado 19, se remontó nuevamente con el mismo pasajero, y yendo hasta Guadalajara y regresando a Madrid, alcanzó la soberbia altura de 3.500 metros, o sea 4.200 sobre el nivel del mar, altura enorme para un biplano de escuela tan pesado como el Farman.

El pasajero iba convenientemente lastrado, como ordena el reglamento internacional, y Zubia batió en ese vuelo el record de altura especial con pasajero, y acaso el de altura con el dicho tipo de aparato.

La Copa queda, pues, a una altura que hay que *trepar* para alcanzarla, porque Zubia del primer embite la ha colocado solo para águilas.

Aún queda mucho tiempo por delante y, en Cuatro Vientos y en Getafe, pilotos con arrestos que no dejarán de hacer cosas.

Ánimo todos, y enhorabuena por los comienzos al generoso Enrique Esteban, donante de la Copa.

UNA EXCURSIÓN AL ESCORIAL EN AEROPLANO CON S. A. EL INFANTE DON ALFONSO

El que sufre el reglaje, goza el viaje. Esto, que debiera ser una máxima en todo aerodromo, por lo sencilla a la vez que poderosa razón de que a mí me conviene, la puso en práctica el Infante Don Alfonso, y Dios se lo pague.

Le había acompañado en dos pruebas de reglaje, y yo os aseguro que el ejercicio de temple espiritual que se hace yendo con él a estos ensayos, es muy sano.

Encabritamiento, picado, *sacacorchos*, todo continuadito y en su grado máximo. Hay que tener estómago de marino inglés, y aun así hacen los ojos chirivitas y llega un momento en que parece que tragamos una nuez entera. Y en tanto él, cuando el aparato está casi perpendicular al suelo, y vemos el surquito que nos ha de recoger en su seguro, se vuelve sonriente, y se-

ñalando con el brazo extendido el extremo del ala que gira sobre nuestras cabezas, dice:

—Vea, vea, ya no vibra más que aquel tensor.

Yo asiento con la cabeza y me quedo con deseos de contestarle:—Señor, yo también vibro una mijita.

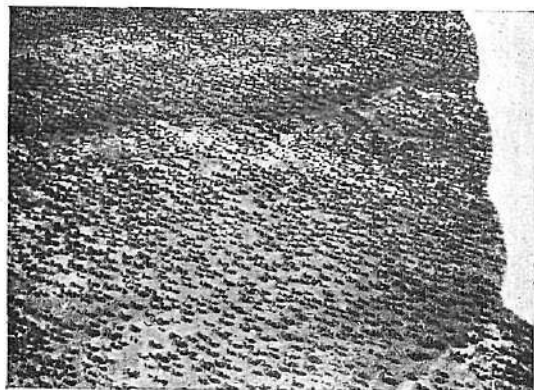
Pero una vez pasadas estas pruebas, ya puede asegurarse que el aparato está como un diamante, que dicen los hebreos.

Y a la mañana siguiente, previa cesión del puesto por el teniente Olarte —¡colmado sea de bendiciones!—, nos vamos al éter, orgulloso él de su aparato y yo aún más por acompañar al augusto piloto.



Panorama de la Sierra.

La tierra está tentadora, brilla la nieve en el Guadarrama, el motor ronca poderoso, ya no vibra ni el alambrito de la víspera; me señala la dirección de El Escorial; debo poner una cara de júbilo que le hace sonreír y enfila decidido la montaña. ¡Qué dicha volar en un día tranquilo, en un buen aeroplano y con un gran piloto!



El bosque de Boadilla.

Abajo van pasando: Retamares; a la izquierda queda Villaviciosa, que tantas veces he visitado; el monte de Boadilla, que salpica la tierra de puntos verdes, tierras de labor. Hacia Madrid y en toda la cuenca del Manzanares, una gasa blanca cubre la tierra. Viajamos a 900 metros, demasiado bajos; los pueblecillos muestran sus

sencillas plazas y producen sensación de égloga. Como en aero la conversación es algo difícil por el ruido del motor, hablamos poco y me dedico al monólogo.

Iba ensimismado, a la vez que gozaba de la visión del paisaje, sin preo-

cuparme de otra cosa sino de que aquella nubecilla circular que forma la hélice siguiera redondita y transparente, cuando una sacudida algo violenta distrajo mis pensamientos.

Llegábamos a la Sierra; el río Guadarrama corre por unos barrancos profundos y el terreno comienza a ponerse hosco. Pienso que un aterrizaje allí sería a propósito para dedicarse después a la venta de astillas, y vuelvo a mis banales pensamientos; pero un meneo más fuerte me indigna un poco.

—¡Bah! serán los *gnomos* del Escorial; ¿pero qué importan los *gnomos* llevando un Mercedes?—digo jugando puniblemente el vocablo.

El Escorial está a nuestra vista. Los Montes de Siete Picos, La Maliciosa, reverberan al sol. El espectáculo es soberbio.

Un tercer meneote más fuerte hace casi patine a S. A. el volante que antes llevaba confiadamente con una mano.



Un barranco del río Guadarrama.

A partir de allí el camino se hace insoportable; los meneos se suceden rápidos y bruscos; cada vez más intensos. Las corrientes encontradas de la Sierra nos zarandean como a un papelito. Tan pronto sentimos levantarnos de golpe como descendemos, de proa, a veces de un costado, otras del otro.

Su Alteza, que no corrige nunca, sino que deja que por sí solo el aparato se restablezca, mueve el volante y los pies. Yo le diría de muy buena gana. ¡Rumbo a casa! pero conozco el temple de su alma y confío en él.

El Escorial está muy cerca. Unos minutos más y estaremos sobre él, pero ¿qué minutos!

Ya distinguía perfectamente los detalles del Monasterio, disparé mi máquina, y rapidísimamente hube de agarrarme al cinturón de Su Alteza con una mano, mientras con la otra oprimía contra el pecho mi cámara, porque me ví fuera del aparato. El meneote fué brutal. S. A. volvió el rostro indicándome que aquello estaba imposible, y ví gozoso que viraba.

Proa a Cuatro Vientos ya, sufrimos como si nos dieran dos puntapiés para echarnos de El Escorial, y a los tres minutos la calma se restablecía completamente.

¡Qué felicidad volar en medio de ella!

A la hora tomábamos tierra en el Aerodromo, y por todo comentario S. A. me dice al desmontarnos:

—¡Hemos tenido un viaje un poco duro!

Y yo, que aunque me esté mal el decirlo, estoy algo acostumbrado a las fatiguillas aéreas, me quedo estupefacto repitiendo la frase de Cúchares:

—¿Qué quedará?

Información deportiva

FOOT-BALL. —Entre todos los días en que se jugaron partidos de foot-ball en la presente temporada, en ninguno hubo entre los aficionados a este sport la emoción e interés que había el pasado domingo 20, ya que en dicho día se ventilara en la Región del Centro el campeonato de ella, en el partido que entre el Madrid F. C. y el Athletic de Madrid había de celebrarse, y en la del Norte también el colosal encuentro entre el Arenas de Bilbao y la Real Sociedad de San Sebastián, partido de gran transcendencia y que, si vencía este último, tenía que repetirse el emocionante partido entre los más formidables equipos españoles: el Athletic de Bilbao y la citada Real Sociedad de San Sebastián.

Conforme era de esperar, en ambas partes los partidos correspondieron a dicho interés, y sus resultados fueron el triunfo del Madrid F. C. y el de la Real Sociedad de San Sebastián por dos goals por uno del Arenas. Como nota curiosa, diremos que los dos triunfantes no presentaron su primer equipo completo, ya que el Madrid tuvo que sustituir su gran portero Lemmel por el Sr. Goicoechea, del tercer team, y en la Real Sociedad los hermanos Sena por dos jugadores del reserva.

Como consecuencia de estos partidos, el Madrid F. C. quedó proclamado cam-



Partido del campeonato

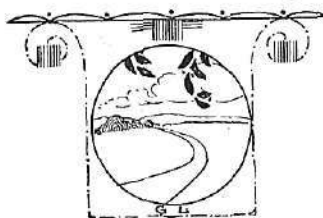


Un momento interesante.

peón del Centro, y en el Norte igualados en puntos el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad. Por lo tanto, tiene que verificarse un nuevo encuentro, y quien de él salga triunfante, será el poseedor del campeonato del Norte.

Pero como este partido tiene que celebrarse en un campo neutral, dado lo excitados que están los ánimos en Bilbao y San Sebastián, resulta que todas las poblaciones se disputan la dicha de contemplarlo, y así Santander, Pamplona, Valladolid y Madrid, hacen ofrecimientos de su campo de sport, para ver si son agraciados.

Esperamos con ansiedad el emocionante encuentro, del que daremos cuenta a nuestros lectores.



CENTRO VITÍCOLA AVELENSE

GRANDES VIVEROS DE VIDES AMERICANAS

Bautista Aparici y Compañía

Ayelo Malferit. - VALENCIA (España)

Establecimiento montado con arreglo a las últimas conclusiones de la ciencia ampelográfica. Millones de injertos, barbados, estacas injertables y estaquillas de vivero, procedentes de nuestras extensas plantaciones de cepas madres, absolutamente seleccionadas.

Única casa que dispone, a pesar de los sacrificios que su cultivo exige, de grandes existencias de Híbridos de Berlandieri, singularmente el 41 B y el 420 A, que a su elevada resistencia caliza y a su abundante y normal fructificación unen la circunstancia de ser, especialmente el último, los portainjertos de los moscateles.

La primera casa que ha introducido en España los híbridos del eminente ampelógrafo francés M. Richter R. 99 y R. 110, que están revolucionando el campo vitícola, y sobre cuyo mérito extraordinario, excepcional, enviaremos un interesante folleto, editado por esta casa, a los agricultores que lo soliciten.

Esta casa cultiva sólo las variedades que han dado resultado definitivo y concluyente.

En plantas injertadas tiene notabilísimos portainjertos; garantiza la autenticidad de las plantas, y evacua cuantas consultas se le hagan sobre el problema de la reconstitución del viñedo, cultivo de la vid, enfermedades, etc.

Posee además **grandes viveros** de árboles frutales, olivos, almendros, albaricoques, melocotones, etc., cultivando con éxito fenomenal el olivo llamado *Changlot real*, resistente al frío y a la pobreza del suelo.

Las condiciones de venta no pueden ser más ventajosas para todo agricultor.

Pedir plantas y condiciones y os asombraréis de sus resultados.

BAUTISTA APARICI Y COMPAÑÍA

AYELO MALFERIT (provincia de Valencia)



**Transportes
y encargos
a domicilio**

**Facturaciones
diarias a toda
España.**

Teléfono 4.268 POZO, 5.-MADRID APARTADO 313

SALVADOR MARTÍNEZ

AZULEJOS *

* * * DE

BRUSELAS

VALENCIA *

Y CASTELLÓN



BALDOSÍN DE

BARCELONA

* * ARIZA Y

SANTA MARÍA

DE HUERTA *

Despacho: Pérez Galdós, 4 y 6 * Depósito: Cerro de la Plata

TELÉFONO 2.206

«SUMMA»

Dedicará en su próximo número un sentido homenaje a la memoria del insigne poeta

RUBEN DARÍO

Con originales de nuestros más eminentes escritores y preciosas iluminaciones en color de Néstor.

Además, publicará las secciones de costumbre, con la selecta colaboración que avalora todos los números de nuestra incomparable Revista.



Artes Gráficas «MATEU»
Paseo del Prado, 34 - Madrid